Enrique de Rastignac.

HOMBRES DE LA REVUELTA

Pequeña galería cómica de los principales cómplices de la última transformación política.

No olvide su Señoría
Que un cuadro que yo bosquejo
No es solamente obra mía;
Porque yo pongo el espejo
Y otro la fisonomía.

LUIS CORDERO.

PRIMERA EDICION.

GUAYAQUIL.

eva Empresa Editorial de LA NACION
!10—CLEMENTE BALLÉN—210

1906.

rv.

Indice.

Págns.

ADVERTENCIA.

Escritas á saltos, de apuro y con el desaliño propio de la improvisación periodística, estas páginas no tienen más recomendación para ser tolerables sino la franca sinceridad en la exposición del juicio y el frío desapasionamiento que corre por todas ellas, prueba de que no me las ha inspirado el odio ni dictádomelas el resentimiento banderizo.

Yo habría renunciado hasta al recuerdo de ellas, si amigos de buena voluntad que han creído ver en sus líneas ciertos destellos de verdad y de justicia y por ventura algún valor para expresar

opiniones en días como éstos en que la intolerancia reina y gobierna, no hubiesen aprovechado la composición misma del diario para formar este pequeño volumen.

Y pues la obra está hecha, vayan los HOMBRES DE LA REVUELTA á manos de los desocupados, siquiera para alborotar la bilis de los que se creen injustamente agredidos. Pero antes he de hacer algunas advertencias en descargo mío y del honrado pensamiento que me trajo á estos dibujos.

Sea la primera la de que con ellos á nadie he querido ofender. Puedo estar errado en hecho de observaciones psicológicas y en la apreciación de tales ó cuales acontecimientos, mas declaro que muy sutiles andan los que en mi trabajo no han visto sino desahogos indignos del escritor público.

Comprendo que la vivisección de un individuo ó á lo menos su

semblanza esbozada con cuatro brochazos y á la buena de Dios, es labor muy aventurada y expuesta á equivocaciones lamentables, que traen larga cola de iras y venganzas; pero si la bondad de la intención, la cortesía de la frase, las atenuaciones retóricas que quitan al lenguaje su crudeza algo significan en favor del que se mete en élla, libre estoy de culpa y pena en el concepto de los que me lean.

Cierto, no son jazmines y alelíes lo que dichos HOMBRES verán en este como pequeño jardín zoológico, pues la verdad es dura por suavemente que se la ponga á luz; más dígame el lector imparcial que algo conozca á los sujetos de este librito, si yo tengo la culpa de que éllos, que han llevado á cabo la más inmotivada é inícua de las revoluciones en nombre del liberalismo y la honorabilidad y el talento, no sean los más liberales, honorables y talentosos de la República. Que

hay excepciones? Tomadas en cuenta están, y conste que algunos de los que mejor trato no vacilarían en colgarme de una horca, si pudieran......

No hay que asustarse, pues. Raspando un poco en el estilo, perdonando el tono á veces irónico, jocoso á veces que el autor emplea—porque este libro es principalmente de combate y no se pelea con rosas y *confettis* sino en días del *otro* carnaval,—se hallará una justa moderación y una templanza que yo de buena gana alabaría si la viese usada en los procedimientos de los que me han salido al encuentro.

Consta á todos cuantos leen periódicos ecuatorianos, que estos malaventurados artículos han dado ocasión á que se disparasen contra mí, desde los rincones de la prensa ministerial, todos los que se han creído ofendidos en la persona de los amigos y cómplices del señor general don Eloy Alfaro. Y en el ataque dia-

rio no me han perdonado nada, llegando á tal extremo el improperio, que ha constituído, por lo desusado de su rudeza--á pesar de valer yo tan poco,—un verdadero escándalo social. Todo ha sido manchado y escarnecido en mí: si unos han hablado de mi cortedad de vista, mi genio y figura, otros han insultado mi humilde nacimiento; éstos hanme presentado como un ser excepcional en quien la desgracia y la impotencia han engendrado un odio gratuito al género humano; aquellos me han tratado de venal y tornadizo; y no faltan miserables que me pidan cuentas de las tristezas de mi vida privada y me juzguen encenagado en toda clase de vicios.....

Sí, conmigo se han empleado formas inusitadas en la polémica periodística de este país, y han contestado con insultos y amenazas á mis censuras, como si por ser yo pobre, chico y desventurado fuesen ellos y sus amigos

mejores, más puros, dignos y desinteresados......

Ni me quejo ni protesto. Esperaba esos tratamientos de parte de quienes juzgan como un favor al Caudillo el emporcar con podredumbre á los que no le encuentran impecable é infalible. Felizmente, la injuria ha venido de muy bajo y el lodo se queda en la calle.

Y nada más. Confieso que bien quisiera borrar ciertas palabras, desarrollar ideas apenas apuntadas, y dar más ó menos color á tal ó cual pintura; pero ya es tarde. Talvez lo haga en otra edición más amplia que prepararé según sea el favor que el público dispense á esta breve colección. Entonces desaparecerán también muchas incorrecciones gramaticales hoy insalvables y quizás el estilo gane un poco con la lima. Ahora, ahí va eso, y á quien Dios se la dió San Pedro se la bendiga.

E. DE R.

Hombres de la revuelta.

I

Emilio María Terán.

Como después del general Eloy Alfaro es este caballero el primer personaje de la *Transformación*, y aun se le señala como futuro Presidente de la República, comenzamos por la suya la serie de estas siluetas trazadas de apuro y del natural. Justo es que la posteridad conozca á los héroes y mártires que nos vienen redimiendo desde hace una porción de años,

para que no se equivoque, ó les olvide, al levantar el grandioso monumento que ha de perpetuar sus glorias: AERE PERENNIS: *más duradero que el bronce!*......

¡Y en nombre de la santísima Transformación......adelante!

*
* *

Si el ser dúctil y maleable como oro fino; si la flexibilidad de la espina dorsal ante los acontecimientos consumados ó en vías de consumarse; si la habilidad para coger, en su hora, á la esquiva Ocasión —ó llámese *Oportunidad*,— por su único mechón; si la tenacidad en la solicitud y el arte en la intriga, forman un carácter aparte, excepcional, digno de la admiración de los hombres, es indudable que don EMILIO MARÍA TERÀN es uno de los primeros en el Ecuador, y no decimos el primero, porque desgraciadamente no es el único y ha formado escuela.

¿Quién no sabe que fue caama-

ñista, floreano y corderista; es decir, que estuvo en las filas ultramontanas, más ó menos disfrazado de progresista?

Esto es lo de menos: en la corrupción de nuestra política y las tristezas de nuestro modo de ser, cuando la ambición y la venalidad se inspiran en los dictados de la codicia, no son extraños estas claudicaciones y transfugios, aunque comporten una cobardía y una denegación. La cuestión de principios y doctrinas, de programas é ideales ¡queda tan abajo! Y no sólo hombres, revoluciones enteras hemos visto que se han llevado á cabo en nombre de lo que llamamos un *credo*, y al día siguiente del triunfo han dudado, vacilado, intimidádose, y dado un salto atrás, al punto de partida, en la más negra de las inconsecuencias. No sólo Veintemilla y su Ocho de Setiembre, no sólo la Restauracion, pueden sacarnos verdaderos: ¿quiere el General Alfaro hablarnos de sus in-

consecuencias en el punto doctrinario, que de la Ley de Patronato le hicieron ir al frustrado Concordato de Santa Elena?

***

Corriente. Ya saben ustedes, que el señor Terán ha pelechado en todos los campos, tan pronto caamañista como franquista; y que esto se lo perdonamos, en virtud de que todo el mundo puede hacer de su capa un sayo. Lo que conviene averiguar es lo que piensa el señor Terán, en orden á los principios que informan los programas políticos, porque, al fin y al cabo, es útil desentrañar el pensamiento y las opiniones á los que están en probabilidad de ser Jefes del Estado......

Escribir periódicos contra los liberales y más tarde contra los conservadores, es cosa que se comprende, pues cuando hay poca verguenza y mucha gana de ser algo, son las situaciones las que determinan los puntos de

vista en el orden de la exposición de ideas......

¡Ideas! Pero el señor Terán las tiene?

Aquí, aquí está el mayor de sus méritos: la especie de *impersonalidad* de su criterio es admirable; y cuando no se tiene un ideal, una profesión de fe, un conjunto de doctrinas, ó cosa parecida, que nos fija la norma de conducta, se va muy lejos. Si no nos hemos trazado un rumbo, ¿qué más da un camino que otro? La cuestión es llegar, y llegar pronto.

Lo único que podemos asegurar para alivio de católicos y consuelo de radicales, afanados hoy más que nunca en idear reformas anti-clericales y socialistas, es que su ilustre sub-jefe es eminentemente católico; pues no sólo se ha declarado tal en el seno de los Congresos, sino que en sus escritos no pierde ripio para edificarnos. En este punto es la espada de Gedeón del radicalismo ecuatoriano, tan lleno de ma-

sones, espiritistas y materialistas.

Recordamos que cuando redactaba en Quito EL ATALAYA, allá por 1898, aprovechaba la ocasión de las principales fiestas para recordarnos que mortáles somos y de morir tenemos. En una Semana Santa nos soltó un sermón de tres horas tal, que ya se lo hubiera querido para sí el cura de Uyumbicho......

Firme defensor de la Iglesia y sus derechos en el Parlamento y en la Prensa, ha hecho méritos para la Patria Celestial y la gratitud de los curas. En resumen al través de su radicalismo, se huele al sacristán. Esta es su primera faz.

*
* *

Si la audacia impúdica de la hipérbole aduladora que quiere hacer del señor Terán un grande hombre no nos obligara á poner las cosas en su punto, le habríamos dejado tranquilo al *alma de*

la Transformación; pero puestos en el disparadero, hemos de decir la verdad.

Y así, aseveramos que dicha *alma* es de tan poco *espíritu*, que dudamos no le tiemble la contera en momentos en que el pellejo está en riesgo de ser agujereado por una bala.

—Créame usted don Fulano que yo no he peleado nunca,—decía hace años al que esto escribe, en una contestación por la prensa.

—¡Claro!—hubimos de contestarle: por eso mismo es usted Coronel.

Y ahora es ya General: ¿habrá peleado desde entonces?

No queremos bromear; pero de algún recuerdo nos hemos de valer para expresar lo siguiente: Aquí donde la milicia es puro empirismo, aquí donde el cuartel es una tumba para la gente infeliz, y los militares que improvisa el favor ó sacan á luz las revueltas y las traiciones son por lo común

tan indoctos en las ciencias y las artes de su profesión, es lícito, por lo menos, exigir el valor personal, ese que arrostra la muerte y se ríe del peligro, en quienes ostentan las insignias del grado más alto de la Milicia ecuatoriana. Aquí hemos tenido los Otamendis, los Oses, ete., negros brutos y tan valientes como animales. Y eran generales y coroneles desalmados; ni entendían de nada ni perdonaban al enemigo en el campo de batalla.

El valor es lo de menos en un Napoleón; pero ¿si no hay tal Napoleón?

El sujeto de quien hablamos es, como casi todos los demás, un militar de aventura; pero si como abogado que es tiene capacidad suficiente para escribir un proyecto de Código Militar; preguntamos: ¿es capaz como general de dirigir una campaña y presentar una batalla con todas las reglas del Arte?

*
* *

Escritor......no es escritor. Para serlo le faltan la gramática y el estilo. Sus periódicos son indigestos; su centón sobre la Deuda Inglesa, lectura imposible; su crítica á los versos del doctor Viteri, una majadería; y de su habilidad de dramaturgo, que hablen los Redactores del antiguo DON VENANCIO.

Si es un profeta escribiendo para los periódicos, como quieren los que le admiran porque esperan de él un empleo, lo será á la manera de las sibilas......Y ya ustedes están enterados de *por donde* daban sus consultas y profesías las sibilas......

Cansado, ininteligible á veces, frío, soso, incorrecto, verboso: he ahí el periodista.

***

Orador: lo sería siempre y cuando hablase bien.

Porque charlar sin fin, con monotonía desesperante de chorro de agua que cae en el tazón de

una fuente; incansable, incoloro, sin arte, sin imágenes, sin arranques de efecto, no es ser un orador por mucho que razone bien y argumente con serenidad.

Padece de *leucorrea verbal* el pobre; y como la voz nasal no ayuda al desgreño de la frase, cata ahí un hombre lucido.

¡Y se dice unos disparates! Aquí tenemos su discurso cuando la fiestecita á los *héroes* de Angoteros y Solano, que se dejaron derrotar por los peruanos, aquí su famosa oración *pro lege Manila*, no, de presentación á esa señora argentina entendida en Geografía, que andaba por estos países; aquí su alocución ó cosa así al general Alfaro, en la ciudad de Riobamba, y si fuésemos á pillarle tonterías en esas piezas oratorias, no acabaríamos nunca.....

*
* *

Ni político. Ni militar. Ni escritor. Ni orador. ¿Qué queda

del hombre?—Un intrigante de talento.

Porque sería necedad el negarlo talento y habilidad abogadil.

Y esta mediania de poca vergüenza y de ninguna dignidad es el primer hombre después de Alfaro, en la Transformación.

El primero y el que vale más, infinitamente más que los otros.

¿Qué serán éstos?

Veámoslo.

II

José Peralta.

Alto, gordo, moreno, patituerto. La negra barba le cae con majestad al pecho y la espesa cabellera casi á los hombros: plégase su boca con un gesto de desdén, y la curiosa desconfianza relampaguea en sus pequeños ojos. La voz le sale casi solemne en modulaciones extrañas, que, en caso apretado, cuando la hace vibrar la ira ó palidecer el miedo, adquieren un timbre femenino. Tiene desgarbados los ademanes y pronta la ira provocativa.

Y detrás de este *coram vobis* de imponente personaje, ¡quién diría que se oculta el más desventurado de los mortales!

Detrás de aquella solemnidad ¡cómo pensar que sólo quedan la vanidad fatua y la impotencia desesperada!

Detrás de aquellos rasgos de mal genio y peor carácter, ¡cómo imaginar que se acurrucan la más notoria cobardía en los actos de la vida civil y la duda más vacilante en los de la vida política!

Y sin embargo, *ese es el hombre*....

Como político, comienza por ser clerical, y avanzando, avanzando y riñendo con sus cofrades, llega al radicalismo clerófobo; pero da un salto atrás, y en el momento del conflicto hace una profesión de fe y escribe un folleto cantando las excelencias de la Religión.

Como periodista, principia por LA DEFENSA, en sentido netamente ultramontano, pasa por EL CONSTITUCIONAL, declaradamente

anti-católico y llega á El Independiente, libelo desfachatado.

Como publicista, sus primeros ensayos son cantos á la Cruz y otras zarandajas místicas, llega á la *Raza de víboras* desahogo clerófobo, y concluye......ya veremos donde concluye.

Como Ministro, principia por la Ley del Patronato y termina por el Concordato de Santa Elena.

Como hombre de partido, pasa á través de Veintemilla, Caamaño y Flores, para venir á parar á Alfaro; reniega de éste en un documento memorable; luego se arrepiente y acepta un destino; luego se separa de nuevo, y al fin cae en brazos de quien le sacara de la prístina oscuridad.

Como amigo, persigue á los suyos, y al día siguiente niega haber ordenado la persecución.

Como hombre, vive de la retractación y de la mentira, y alli donde va tiene el secreto de concitarse la enemistad pública.

Como abogado, una medianía que hace su carrera de derrota en derrota.

Como militar [también lo es], no sólo no ha inventado la pólvora sino que huye de su abominable olor......

¿Qué es, pues, ese hombre? ¿Qué es, pues, ese carácter?

De transfugio en transfugio, de contradicción en contradicción, de una mentira en otra, tan pronto clerical como clerófobo, tan pronto progresista como radical, hoy enemigo de Alfaro y mañana Ministro suyo, inhábil para la intriga, incapaz para la política, indigno de todo lo que se llama decente; con la inconsecuencia, en lo público y en lo privado, por norma de conducta, sería un enigma para quien, sin conocer la pobreza de su carácter y las flaquezas de su voluntad, intentase estudiarle en serio.

Ni él mismo se conoce; y ahí está su mayor equivocación: creérse un hombre de Plutarco sin po-

seer la suficiente serenidad ante el peligro; tener mucho talento y desperdiciarlo en algaradas que terminan en *confiteors*; haber nacido para la polémica de alfilerazos, graciosa y ligera, y empuñar la espada de Bernardo en parrafadas fatigosas y rimbombantes; tener ímpetus de tribuno y carecer de espíritu de sacrificio y de valor en la adversidad y en la contradicción, sin los que toda propaganda es imposible; ser bueno y crearse odiadores y enemigos siempre que puede hacer algún daño; no tener fe, no tener presencia de ánimo, acobardarse de todo, y vivir con la memoria de los grandes hechos y de las acciones heróicas; proponerse á Ayax de Telamón y Foción como modelos, y temblar como una gallina y proceder como Rinconete y Cortadillo; ser don Quijote y verse manteado como Sancho......Eso no es un hombre: es una antinomia.

*
* *

Hoy le tenemos de nuevo en el Poder.

Esto le va á acarrear muchas dificultades al General Alfaro.

Porque los conservadores verán en el doctor Peralta, al escritor anti-clerical que se ha pasado media vida declamando contra los curas.

Porque los radicales verán en él al Ministro de Santa Elena.

Porque unos y otros se acordarán de los días amargos de 1895 y 1899, cuando Peralta mangoneaba en la grey alfarista con descontento de amigos y enemigos......

*
* *

Resumiendo: PERALTA ES UN FRUSTRADO: he ahí todo.

Frustrado como escritor, como polemista, como político, como hombre público, como todo.

Considerando en él, se puede exclamar:

—¡Qué lástima de talento empleado en semejante nulidad!

III

Abelardo Moncayo.

Venía de allá, del fondo oscuro, de la proscripción, el escondite, donde había pasado una eternidad de veinte años, entre angustias de muerte y la más horrorosa y completa de las miserias. Con tenacidad de convencido y luchando á brazo partido con sus opresores, acababa de salvar del patíbulo su cabeza. Era la hora de las resurrecciones y de las reparaciones para el bando liberal que había vencido en la opinión y en los campos de batalla; y si comenzaba el imperio

de la Justicia ¿quién más digno que *él* de ocupar puesto preferente en la primera fila? Se había sacrificado en una empresa tenebrosa: locura sublime por el derecho y la libertad que les llevó hasta el crimen á *él* y á sus compañeros, quienes luego se vieron abandonados, en medio del hosco silencio del pueblo que trataron de libertar por medio del puñal de la salud......

Ese hombre se llamaba ABELARDO MONCAYO,—pasará á la historia seguramente, con el recuerdo de su juvenil aventura,—y corría el año de gracia de 1895.

Traía á los campamentos liberales un elemento de combate: *el odio:* ¡había padecido tanto! ¡Había padecido tanto! Había sufrido el terror y el silencio, y sido presa de la iniquidad vengativa disfrazada con el manto de la justicia, y harto comprensible era una como irritación crónica que constituía en él un estado morboso: toda la bilis acumu-

lada en veinte años de impotencia, natural era que agriase su carácter en el momento en que el triunfo de los suyos le dió una válvula de escape.

Todos nos inclinamos ante él: era un aparecido, y, más que todo, era una *ilustración* del partido.

Además de ser un *mártir*, era también un literato y un poeta.

Y ascendió tranquilamente á la cumbre, en medio del aplauso de todos los liberales. Como no le conocíamos sino por el renombre de su austeridad y patriotismo, de su buen ingenio y sus padecimientos sobrellevados con resignación de santo y fortaleza de héroe, ¡le queríamos tánto! ¡esperábamos tánto de él!

*
* *

Y fué lo que quiso ser. El, y otros pocos como él, eran los únicos que podían alegar derechos; los demás, éramos simples advene-

dizos que pedíamos lugar para labrar merecimientos.

Bien pronto su acción se hizo sentir en su provincia natal y en el seno de la Asamblea de la que fué Presidente: aquel hombre no sólo llevaba en el alma la sombra de la antigua derrota y el ansia del desquite, sino también la neurosis irremediable del odio.

Tanto mal le habían hecho sus contemporáneos, que, como el terrible Emperador romano, deseaba que la humanidad toda no tuviese sino una cabeza, para poder cortársela de un tajo.

Y después de algunos meses de labores parlamentarias, tras de vacilaciones indecibles, alternadas con la publicación de versos y dramas, se acordó del *divide y reinarás*; y, ya en el sillón ministerial, comenzó la obra de desunir á los liberales, echándolos lejos del Jefe, ora por medio de la violencia, ora por medio del chisme, ora también con intrigas que

vale más no recordar. Y los colaboradores de la revolución liberal se vieron presto quienes en el destierro, quienes en el confinamiento; ó perseguidos y desdeñados se precipitaron de cabeza en la reacción terrorista que incendiaba toda la República.

Entonces, el *héroe—mártir* desapareció por completo: estábamos en paz con él, pues si los liberales le debíamos gratitud por la generosa tentativa de marras, le estábamos pagando capital é intereses, primero con el cúmulo de honores que se le confirieron y luego con el sufrimiento de ver que se malograba nuestra obra, á impulsos de su ira loca y de sus perversas maquinaciones.

Y era hora de hacer rancho aparte. La revolución liberal estaba echada á perder, pues el viejo Caudillo,—entregado en manos de ambiciosos y gentes ávidas de riqueza y concupiscentes de venganza y poder,—se arroja

ba por los floridos campos de la tiranía, buscando, para comenzar la fiesta, la manera de coser la banda presidencial con el manteo de los curas, capa cómoda y amplia que suele cubrir y esconder toda clase de picardías.

Este hecho solo explica la conducta de los que ahora somos apellidados ingratos y desleales por una chusma venal é inconsciente. La lealtad la debíamos al partido y no al Jefe, el juramento lo habíamos hecho á la bandera y no al abanderado: ¿qué pacto de *concertaje* les habíamos firmado á los señores Alfaro y Moncayo, para que nos creyésemos obligados á rendirnos á su yugo y á seguirles en sus punibles desaciertos?

*
* *

Olvidábamos decir que ese hombre había sido jesuita en sus mocedades. La ordenación imprime carácter. En el poder y en la

lucha política, continuó siendo jesuita. Le falta el hábito pero ¿qué más da? Rodín nunca se puso el birrete cuadrado......

Moncayo clavó la estaca del jesuita en el campo gubernativo, y el tradicional cuero de res fue creciendo, creciendo, hasta cubrir las provincias, los batallones, hasta la misma región oriental, en provecho propio—de Moncayo—y de la parentela, á la cual el mismo señor Alfaro llamaba *Los Salazares del liberalismo*......Era natural también: después de tanta hambre, que venga un hartazgo, aun á trueque de una indiges tión!

¿Se indigestó? No. Su vientre generoso puede digerir con tranquilidad toda la República comida de un bocado.

....

....

***

Bien pronto cundió el malestar

en todas las filas; y Moncayo fue considerado como el genio malo del excelente señor Alfaro.

Conocida la mansedumbre de éste, sabida la generosidad de su espíritu incapaz de odiar, incapaz de vengarse, todas las violencias de una época tumultuosa, se atribuyeron á la acción del señor Moncayo. Y éste lo atropellaba todo, Congresos, Concejos Municipales, Instituciones é individuos: convertía la Policía de Quito en una sucursal del Santo Oficio, y el Presidio en habitación de sus adversarios y malquerientes. La Verdad andaba prófuga, y la ahogada voz de los conservadores estallaba en descargas de fusilería.

¡Qué tiempos aquellos! No parecía sino que la libertad política se la habían conquistado para sí cuatro ambiciosos sobre la ruina de las libertades públicas. El ideal generoso de Junio yacía en-

sangrentado en los desvanes de Palacio: ¿quién se acordaba de él?

*
* *

Es que ese hombre tiene el demonio en el cuerpo, y no duerme tranquilo—al revés de lo que le sucedía al hijo de Vespasiano,—si no ha hecho,ó siquiera intentado, algún daño al prójimo......

Es ya maduro; pero en su aspecto de viejo bien plantado, no hay la majestad que imprimen los años, aunque la edad le blanquée la barba y surque su rostro de arrugas. En su mirada se advierte la ira comprimida, en su boca el desdén y la burla, en toda su persona un sacudimiento nervioso que da pena.—¡Pobre! El no conoce las dulzuras del afecto, ¡y es tán desgraciado odiando á sus semejantes!—¿Porqué no ha muerto en él el jesuita, para que sea bueno, dócil y ponga su indiscutible talento al servicio de la Verdad? Acaso no

tenga la culpa: es un degenerado, un enfermo!......

Pero su presencia cerca del general Alfaro puede ser funesta. Recuerda muchas amarguras y provoca muchos odios: vale por toda una revolución; pues si él viene con traiciones por delante é inquisidores por detrás, ¿qué nos toca que hacer á los ecuatorianos?

IV

Flavio E. Alfaro.

— —

Es el Junot ecuatoriano.

No es en las curiosas *Memorias* de la Duquesa de Abrantes, que nos da la falsificación del héroe á fuer de cariño conyugal, donde hemos de buscar la verdadera personalidad de aquel teniente de Napoleón, acaso el más querido, tan valiente como bruto y tan bruto como leal.

Es el Junot ecuatoriano, y serlo significa ya mucho en este país de tantos charlatanes y tan pocos hombres bravos.

Personalmente, no vale gran

cosa. En el color y en la estatura, tiene la *marca de fábrica*, es como todos los Alfaros, moreno, pequeño y rechoncho. La barba lampiña, el bigote escaso y ralo, el pelo corto, hirsuto y grueso; la mirada franca, la sonrisa cariñosa, el trato amable y campechano, la ira pronta y rápida, la reacción generosa, la palabra un poco difícil, y recia la complexión: he ahí el hombre.

Sereno en la batalla, arrojado en el peligro, disciplinado en la acción, él no será, desde luego, un general ni mucho menos, pero es uno de los primeros y más arrojados soldados del Ejército. Su inscripción en el Registro data de Diciembre de 1884, en las aguas de Jaramijó, á bordo del *Alajuela*.

Políticamente, ya es otra cosa. No vale nada. ¿Quién le metió en enjuagues revolucionarios y tramas de conspiración, para los que el buen hombre no había nacido? ¡Quién había de ser sino

Emilio M. Terán, que en 1904 le hizo representar el más desairado de los papeles, abusando de la candidez y *bonhomíe* del excelente don Flavio, quien, en realidad, es de muy buena pasta como vulgarmente se dice.

Y como el primer mal paso en la senda del mal conduce irremediablemente á desconocidos abismos, Flavio ha ido rodando, rodando, hasta adorar hoy de rodillas lo que en 1901 era capaz de fusilar, por poco que le hurgasen la paciencia; á su tío; el Viejo Caudillo.

*
* *

Es una historia triste y doliente, que todo el Ecuador conoce, de intrigas ridículas que, al cabo de los años, abortaron una revolución más ridícula todavía: la *Fronda*.

Alfaro – entiéndase que en este articulejo hablamos siempre del sobrino de su tío,—ante la inconcebible inconsecuencia de don Eloy, que tras de haber hecho Pre-

sidente al general Plaza, se declaró á renglón seguido su enemigo, miró por su honra, se acordó de que su espada no se había manchado aún en ninguna cochinería, y supo dejar á un lado afecciones é intereses de familia, para irse de lado de la constitucionalidad. Era un punto de honradez que se lo tenemos muy en cuenta los ecuatorianos.

Semejante comportamiento ¿qué merecía? una Cartera. Y Plaza la puso en sus manos, como se pone un fusil en manos de un soldadado veterano y fiel.

Pasaron los meses. El Presidente aseguró después que su Secretario de Guerra era una verdara nulidad, cuya ciencia militar no pasaba de la lectura y escritura, con poca acentuación y ninguna ortografía; pero el resentimiento no es acreedor á entero crédito, y algo hemos de rebajar de semejante apreciación y decir que se exageraba acaso al decir que el tal Ministro era inca-

paz de dar pie con bola ni en una simple orden general y que la parte informativa de sus Memorias estaba escrita por el más loco de los mortales—Aparicio Ortega....

Ibamos diciendo que pasaron los meses, y vino la cuestión electoral á soliviantar los ánimos de cuantos políticos son en la República. Y como les constare á franquistas y *eloístas* que Flavio era, como Ministro de la Guerra, muy hombre para cometer una barrabasada con ellos, escogieron el hábil recurso de inutilizarle por medio de la más divertida de las farsas.

¡Le presentaron como uno de los candidatos á la Presidencia de la República!

Esto era sencillamente tonto, pero tan tonto que en semejante cosa no hubiera tropezado un ciego. Sin embargo, Flavio creyó que había un partido *flavista*, un núcleo de electores á su devoción, sesenta probabilidades de

triunfo, perdió la cabeza, cerró los ojos, y se dejó caer como un bendito. ¡Cómo estarían riéndose entre sí á mandíbula batientes los pillos que con dos palabras lograron trastornarle la chaveta á un hombre de bien!......

Y se metió en la *Fronda*, sin oír los honrados consejos de los que le queríamos; fue desleal con su Jefe, ingrato con su amigo, felón con el que le había puesto en las alturas del poder, y le trataba como á un hermano......¡oh ambición! ¡Oh loca ambición!

*
* *

La sediciente Asamblea Liberal se disolvió sin hacer nada por el partido, después de una ridícula declaración de principios, dándose cita para el campamento revolucionario y con la consigna de la intriga.

Terán, los Alfaros y demás congéneres se hundieron en la sombra: su labor era la del topo, y trabajaban en el subsuelo de los cuarteles; ¡y todos ellos eran

militares! No comprendía ninguno de ellos la sabiduría de aquel proverbio altruista que dice: *hoy por tí, mañana por mi*, y que al corromper el Ejército con promesas, halagos y dádivas sentaba un precedente funesto, daban el mal ejemplo y señalaban el camino á los futuros revolucionarios.

Volvió don Eloy á Quito; tío y sobrino se abrazaron en aras de la conveniencia de círculo: la paz se hizo en la familia...—¿Qué era de la *Fronda*? Ya no se hablaba de principios, y mucho menos de don Ignacio Robles y muchísimos menos de don Flavio. Franco ya no era sino la sombra de sí mismo.

Un día la conspiración levantó la cabeza. Como obra de la traición de los militares y del poco crédito del Gobierno, se anunció con probabilidades de éxito.

*
* *

Y Flavio fué al presidio. Dudó en el momento decisivo, y esa

duda le valió una encerrona de quince días.

Y al décimosexto, las calles de Quito se ensordecían con el grito de ¡Viva Alfaro!

Se trataba de don Flavio? —No: de don Eloy.

Y aquél, que soñaba con la Presidencia, hubo de contentarse con la Jefatura Civil y Militar de una provincia. El chasco era bueno; pero ¡qué diablo! ¿No quedaba todo en la familia?

Hoy el Jefe Supremo no sabe qué hacer con él, pues racionalmente considera que no puede enviarle en comisión diplomática, y le tiene en jaque con ofertas que no son oro, cual á tierno pajarillo (¡pájaro él!) en dorada jaula.

Hay quienes ven todavía en él un Presidente posible, y le adulan y admiran; pero sabido es que *un sot trouve toujours un plus sot qui l'admire.*

Lo que, traducido á castellano morocho, quiere decir que á todo hay quien gana.

V

Emilio Arévalo.

Hay algo en la política más difícil que ser hábiles, y es ser desinteresados.

Hay algo en la vida pública más grande que el valor, y es la nobleza de ánimo.

Hay algo en las relaciones sociales que vale más que el talento, y es el espíritu de sacrificio.

En todas circunstancias hay algo que es como el relieve de los caracteres, y es la modestia.

Desinterés, nobleza de ánimo, abnegación y modestia: si en el fondo de todo esto ponéis un po-

quillo de amor á la patria y otro poquillo de la sal del ingenio que lo condimenta todo, tendréis un buen ciudadano, un ciudadano virtuoso á la manera de Foción y de Cincinato.

El arte de los *oportunismos* está hoy tan al alcance de todos, que es ya del dominio del vulgo. Seguir la corriente y plegarse al dominio de las circunstancias, cualquier majadero puede hacerlo; para otear los horizontes políticos, algo de experiencia y una buena nariz son suficientes; apoderarse de la obra de los demás, saliendo de la sombra de tímidas vacilaciones, es cuestión de audacia; y, en días de revuelta, huir de los extremos por temor á las responsabilidades y contentar á todos, es cosa de habilidad y talento.

¿La honradez dónde? ¿Dónde la virtud?

Y no debemos gratitud, ni siquiera aprecio á los que, salvadores ó no salvadores de una situación peligrosa en la que se al-

zaron con el mando, se hacen pagar sus servicios al día siguiente, después de haberse premiado ellos mismos con tranquila sangre fría. *Do ut des; fatio ut fatias;* doy para que des, hago para que hagas: esta fórmula jurídica de la reciprocidad llevada al terreno político, para dirigir revoluciones y derrocar Gobiernos, es puro mercantilismo.

Así, quién no exprime su caletre, quién no expone su vida y se tira en medio de los acontecimientos? Es un albur que se juega, entre un destierro y una misión diplomática. Si se gana.. ... Si se gana ¿qué? Son los honorarios de la deslealtad.—He ahí nuestra política.

Naturalmente,para esto se han menester talento y buena posición en la sociedad; pero en tal caso ¿no vale más el pobre cholo que empuña su rifle, ofrenda su vida en aras de una afección y vuelve, en seguida, al pegujal

abandonado? Y ese cholo no es siquiera un abogado.

El egoismo: he ahí el vicio.

La falta absoluta de desinterés personal: he ahí el pecado.

La ingratitud y la inconsecuencia: he ahí el crimen.

Y con estas culpas á cuestas ¿habrá quien se atreva á ponderar su patriotismo?-Y nada más.

En este momento, alguien que lee estas cuartillas mirando sobre mi hombro, me interrumpe y dice:

—Pero ¡hombre! ¿No te proponías trazar el boceto de la personalidad política del Dr. Emilio Arévalo?

—Pues qué? No está ya hecho?

*
* *

Que el Dr. Emilio Arévalo es un hombre hábil, valiente y de talento, nadie lo duda.

Como abogado, se le considera una de las ilustraciones del foro cuencano, que puede presentar nombres tan venerados como

los de don Juan Bautista Vázquez, don Juan Jaramillo, don Mariano Cueva, y otros.

Se ensayó como defensor de criminales: y en Cuenca se conserva memoria de aquellos famosos jurados en que Arévalo actuaba como defensor. Su juvenil elocuencia no tenía el reposo y la enérgica concisión que la solemnidad del acto requería; antes, desbordábase hirviente, atropellada, en frases entrecortadas que suplían con la precisión del razonamiento y el nervio de la expresión, la amplitud necesaria, esa como longaminidad de la oratoria. Y era de verle cuando la contradicción le embravecía. Relampagueaban, entonces, la ira en sus ojos, la diatriba en sus labios, y rabioso, violento, se volvía contra el adversario, al cual, después de rebatirle, confundirle, insultarle, despreciarle, le dejaba como tirado en el arroyo. Los jueces solían condenar al defendido; ¿y eso qué? No se trataba

ya de eso, sino de despedazar al contradictor.

La edad le llevó los bríos: pero como á músico viejo le quedó el compás. Es que si el león había perdido los dientes no había perdido la arrogancia; esa arrogancia en el Dr. Arévalo se llama *soberbia*, y compañera de la soberbia es siempre la *ira*, que defiende toda clase de vanidades.

Si tiene pronta y porfiada la cólera, le ampara su innegable talento. Defensor de pleitos perdidos, algunas veces se le ha visto engrandecerse en el seno de las Legislaturas.

Su vida es austera: austeridad de estoico.

¡Bienaventurados los humildes, bienaventurados los pobres de espíritu, bienaventurados los pequeñuelos, porque de ellos es el reino de los cielos!

⁂

Aunque jamás ha hecho, que sepamos, una profesión de fe, al

señor Arévalo se le ha tenido siempre por un liberal.

Su conducta no ha desmentido tal suposición: siempre le hemos visto en las filas liberales, harto inteligente para saber aprovechar las oportunidades, harto ducho para soltar prendas comprometedoras.

El señor Arévalo fué alfarista decidido, y siguió la política del Viejo Luchador cuando la presentación de la candidatura del General Plaza; y no sabemos qué razón tuvo para romper violentamente con éste, después de haber servido como bueno los intereses de su elección y apartádose, con tal motivo, de la política de don Eloy.

Su labor oposicionista durante la Administración que terminó en Setiembre de 1905, fue incansable y franca hasta más no poder. Atacó todos los actos y desprestigió todos los hombres del Gobierno; se movió, intrigó, conspiró; y cuando el pueblo de

Guayaquil hizo aquello del 19 de Enero, se echó á la calle, se presentó en primera fila, ungióse él mismo con el óleo sagrado, y á falta de otro, dijo: "¡Aquí estoy yo!" Era el axioma revolucionario de Dantón hecho hombre: *audacia, audacia y audacia.*

Leal es confesar que, en su breve administración provincial, cuando pudo haber extremado la tiranía impunemente y repetido la lección de 1895, Arévalo se condujo bien. Los días eran dificilísimos y se necesitaron todo el tacto social y la inteligencia del Jefe Civil y Militar para poder vivirlos sin mayor escándalo y alguna libertad individual. Así lo reconoció la Prensa; y este hubiese sido el timbre de honor de don Emilio, si á las pocas semanas no hubiese recibido medio centenar de miles de sucres y una credencial diplomática en pago de sus servicios.

Muchos le motejan semejante

cosa y ponen el grito en las nubes.

No encontramos la razón.

Si prescindimos del patriotismo y la honorabilidad, y consideramos que el Dr. Arévalo toma la política como un asunto profesional, de su competencia, hay cosa más legítima?

Es abogado y se acuerda siempre de los honorarios......

VI

Emilio Estrada.

¡Ha pasado tanto tiempo desde entonces! Creo que era en 1890, cuando todos los días veíamos, al paso, sentado en la puerta de la Agencia de Carros Urbanos, un hombre grueso, pálido y barbudo, que se dejaba estar horas y horas en su silla, en inmovilidad casi hierática, con el ceño fruncido, medio cerrados lós ojos, la boca plegada como con dejos de una amargura infinita, sombrío, hosco, impenetrable, silencioso, con los brazos cruzados sobre el pecho y al viento la desnuda cabeza.

¿Quién era él? ¿De dónde venía él?—Le saludaban todos con respeto, luego, no era un desconocido; ocupaba un puesto bien retribuído, luego, no era un inútil. Pero ¿era neurosis, era dolor esa tristeza tan ostensible, esa adustez que ahuyentaba importunos, esa cara de tan pocos amigos, ese silencio obstinado roto por la frase dura, la palabra breve y cortante como un golpe de filo?

—Es un frustrado—decían unos.

—Es un neurótico, — añadían aquellos.

—¡Gran patriota!—exclamaban los liberales.—¡Gran carácter! ¡Gran pluma! ¡Es mucho este don Emilio!

Y pasaron los años.

Sincero y conmovido contábame aquel hombre una tarde parte de las angustias indecibles de su existencia. El odio político le había perseguido de tal manera, que endureció su genio, labró en él un nuevo carácter y le lanzó

para siempre en esas luchas generosas y desgraciadamente estériles, en que el liberalismo se ha debatido desde los inolvidables días del campamento de Mapasingue.

Ah, los canallas!......Un día la esposa yacía moribunda; y el patriota, el proscrito, conteniendo á duras penas la explosión de su dolor, se inclinaba amoroso sobre ella, cuando vinieron, le arrancaron de aquel lugar que la aproximación de la Muerte rodeaba de misterio y santidad, y le arrojaron al fondo de un calabozo inmundo, sin aire, sin luz, sin espacio suficiente para un hombre.

Allí, enjaulado como una fiera, tratado como un criminal, con el pensamiento en el abandonado hogar, con el dolor físico y la aflicción de espíritu, recibió la noticia fatal: su esposa había muerto, y manos que no eran las suyas le habían cerrado los ojos para la marcha eterna.

El hombre no lloró; no bramó

la fiera enjaulada, pues tuvo la energía suficiente para tragarse á grandes sorbos las lágrimas que le subían á los ojos, los sollozos que apretaban su garganta, y como un favor supremo pidió ver por vez última á la adorada compañera.

Fue y la vió. La muerta yacía en la mitad del aposento, blanca y fría; parpadeaban los cirios al rededor del modesto catafalco, luchando con las luces crepusculares que se colocaban indiscretas por las junturas de puertas y ventanas. El silencio era solemne, silencio de tumba.

Tétrico y mudo el esposo se abalanzó llorando á los restos queridos, para depositar sobre ellos el beso postrero, el de la despedida final......En este momento, dos manos cayeron sobre sus hombros y le hicieron retroceder. —¿Qué era? Poca cosa: el preso tenía licencia para *ver*, mas no para *besar* el cadáver de su esposa!......Y afuera, á la calle, al ca-

labozo. Atrás quedaba la mitad de su corazón; pero eso ¿importaba algo?......

Y aun oliente á *cera y á tumba* la casa modesta y pobre, fue arrojada de ella la familia: el Gobierno necesitaba una casa para cuartel: ahí estaba la del revolucionario: la consigna era romperlo todo, despedazarlo todo......

No hay prisión perpétua para los que tienen ingenio, saben evadirse y carecen de aquella inmensa dulzura que sublimó á Silvio Pellico en los *Plomos* de Venecia y en los calabozos de Espilberga.... ¡Y otra vez en la acción! Consagrando la libertad asesinada, con el arma al brazo, á orillas de los grandes ríos, en el silencio de los bosques seculares, en medio de la soledad, y en compañía de un puñado de valientes que oponían su desesperación á las bayonetas enemigas.........Vida de aventuras novelescas, de sorpresas y derrotas, de peregrinaciones interminables tras el ideal de

Alfaro y en busca, ya no de la victoria, que era mucho querer, sino de la esperanza, para él cada día más lejana!......Y al final de cada empresa, siempre la tortura de la derrota, la prisión siempre, el tormento y el destierro......En esta porfía, él se jugaba la vida, pues si para los demás la acción del Gobierno significaba una medida política, para él entrañaba una venganza personal: había denunciado una estafa, y el estafador se sentaba en el sillón Presidencial......

Pudo, al fin, respirar, cuando un Gobierno mediocre hizo á los ecuatorianos la graciosa concesión de garantizarles su libertad individual, convirtiendo el generoso indulto en la gran piscina donde se purificarían cuantos venían de los campamentos revolucionarios cubiertos de la lepra del patriotismo...¡Oh qué tiempos aquellos, cuando la Justicia era una burla sangrienta y la Verdad un atentado peligroso!......

Y como ese hombre amaba la Justicia y proclamaba la Verdad, volvió á la lucha—era su medio adecuado,—y cambió el fusil del *chapulo* con la pluma del polemista.

Tal era y es Don EMILIO ESTRADA. Abandonado de Dios y de los hombres en los días de prueba, desconocido de la sociedad cuando buscaba por todas partes un punto de apoyo, un poco de simpatía y otro poco de estímulo, venía con todas las crudezas de la lucha, llena el alma de un mundo de desprecio, indomable y rebelde, escudado con una altivez llevada hasta la soberbia y de un desdén que se traduce en brusquedad. ¿Tiene él razón? ¿tiene justicia? En el fondo, es un buen hombre. Y algo más que esto, en el fondo y en la forma es un hombre leal y honrado.

***

¿Por qué no hemos de procla-

mar esa honradez y esa lealtad en el recuento de miserias y asquerosidades á que, por un afán de justicia social, nos hemos dedicado, á riesgo de sembrar la flor del resentimiento y la venganza en los fecundos campos de la vanidad ajena?

Es un paréntesis. En medio de los tránsfugas, de los felones, de los ingratos, de los vulgares ambiciosos, de los rateros políticos, de los oportunistas, de los ineptos y ridículos, ¡consuela, ciertamente, hallar un hombre á quien no se le puede decir, con el Código Penal en la mano, ó aquel otro Código, no escrito, del honor y la probidad: *Tú no eres un pillo!......*

Su actitud actual es lógica. Alfarista durante más de veinte años, alfarista se ha quedado. Ello podrá ser doloroso, pues ya el General Alfaro no representa el ideal revolucionario de Junio, ni es el Caudillo indiscutible del Partido Liberal; pero, á lo menos, no

se ha sentado Estrada á la fogata de Pedro, en la hora de la desolación......

Cuando, en las tristezas de los últimos días, la vileza palaciega y el ciego fervor de muchedumbres irresponsables, la codicia disfrazada de patriotismo y el tumulto casi elevado á institución, la flojedad de los caracteres, el interés y el miedo, le alzaron á don Eloy Alfaro sobre el escudo y le aclamaron triunfador é infalible, don Emilio tuvo la franqueza insólita de decir la verdad al Jefe Supremo, en términos concisos y claros, reclamando el imperio de la Justicia, la selección de los elementos liberales que habían de mover la máquina gubernativa, de recordarle sus deberes con el país y el partido y sus responsabilidades históricas. Sus generosas palabras las llevó el viento, porque el estrépito de los vítores ensordecía al ídolo, y la obra desorganizadora se llevó adelante; pero la República ente-

ra aplaudió la nobleza de la intención y la sinceridad del discurso.

Hoy—¿por qué negarlo, si los hechos lo están demostrando diariamente?—Estrada es la garantía de las libertades públicas en la ciudad de Guayaquil,—tales como puede consentirlas la Dictadura.—Sin él, acaso volverían los días inolvidables de la primera Jefatura Suprema de Alfaro, cuando se deportaba liberales y conservadores á playas centroamericanas, el presidio estaba lleno, y un soplo de horror trágico pasaba por la frente de los ecuatorianos.

Estrada es—*la excepción.*

Y la excepción, en buena logica, ¿no confirma la regla?

*
* *

Resumiendo. Este carácter no tiene complejidad de ninguna clase.

La adversidad le hizo duro.

El abandono social, le hizo rebelde.

El dolor, le hizo adusto.

Pero en lo íntimo del *Ogro*, como cariñosamente le llaman los suyos, hay un hombre excelente.

Se separará muy pronto de la Administración: también esta noticia es un juicio crítico.

VII

Julio Fernández.

Para juzgar á este hombre habría que tomar en cuenta el medio social en que se ha desarrollado su carácter. Irascible como un niño, intransigente como una beata que se hubiese convertido al más puro liberalismo. amigo de la estrategia como recurso político, odiador y odiado en su ciudad natal, soberbio y bilioso, *voluble como la onda* y muy inteligente,—tal es don Julio Fernández.

Gran parte de estos vicios y estas virtudes que constituyen la

idiosincracia de su carácter dependen de la atmósfera que ha respirado, pudiendo decirse que todo ello antes que propio de su temperamento es culpa de su educación.

Ambato es una de las ciudades del Ecuador donde se *hace* más política y con más calor se dilucidan las cuestiones relacionadas con la marcha de los acontecimientos. Bello país en el cual las opiniones se caldean al rojo, y rivalidades de pueblo enemistan familias y soplan en la hoguera de la discordia, convirtiéndole en el campo de Agramante. Sin la serpiente de la política, y política de campanario, esa ciudad sería el paraíso del Ecuador, por la esplendidez de su cielo siempre azul, la pureza de su aire, la feracidad de sus campos, la benignidad de su clima y la hermosura de sus paisajes, que se pierden en horizontes de un verde profundo limitados por las enormes moles de la Cordillera, con

sus volcanes flamígeros y las cumbres inmensas cubiertas de perpetua nieve.

Allí los hombres deberían ser mejores: pero sucede que, por razones que no alcanzamos, en ese pueblo liberal y altivo la exageración es un vicio de todos los que han sobresalido por las dotes de su inteligencia. Mera, fue liberalófobo intransigente, é intransigente clerófobo fue Montalvo; y si el carácter de Cevallos se mantuvo en una tolerante medianía, dicen que don Nicolás Martínez fue de recia condición. Hoy mismo, á lado de Julio Fernández se alza Modesto Chacón, ambos arrebatados por el viento de contrarias opiniones y á merced de las veleidades de ese viento. La excepción, acaso sea el doctor Vela, acero que se doblega á la suave brisa de la propia conveniencia, dentro del canon liberal, por supuesto.

Esta infrangibilidad del mal genio crea dificultades para la vi-

da en aquel jardín de delicias, porque como ninguno cede y la *sociedad pensante* se divide en bandos, los ecos de las desavenencias llegan al fondo de los hogares y se respira un aire pesado y malsano de chismografía de pueblo, de pequeños rencores, de pequeñas contradicciones, de emulaciones chiquitas, de ambiciones en diminutivo, de propósitos de venganza insignificantes, que constituyen el fondo de las relaciones sociales.

Y las intrigas se atan y se desatan en medio de este combate á alfilerazos: Diego contra Pedro, Pedro contra Juan, y así sucesivamente; y cuando Diego está con el poder en las manos, ¡pobre de Juan y pobre de Diego!.....Verdad que esto sucede en todas las ciudades pequeñas, donde los odios de aldea adquieren la proporción de acontecimientos; pero así ¿qué progreso, qué administración posible, en una vida de

perpetuo temor y de constante agravio?

*
* *

Volviendo al doctor Fernández, diremos que le distingue de sus conciudadanos una especialidad: la de ser enemigo de todos los Gobiernos.—A justo título hizo armas contra Caamaño, contra Flores, contra Cordero, porque él es, ante todo, un liberal de raza; mas, ¿por qué se convirtió en enemigo del régimen radical, por implantar el cual sucumbió á una bala traidora su venerable padre, y había él mismo combatido con el fusil en la mano?

En los Congresos, en la Prensa, en el Club, en los círculos políticos, Fernández hizo cruda guerra al gobierno del Sr. General Alfaro, por no creer que la obra gubernativa de éste correspondiese al ideal y aspiraciones del liberalismo: de tiempo en tiempo volvía sobre sus pasos, como para cobrar fuerzas á la sombra del Vie-

jo Caudillo, y al otro día continuaba la campaña en que el descontento y la impotencia trabajaban por el ajeno descrédito. ¿Qué quería? ¿qué esperaba? qué temía? ¿Acaso lo sabía él mismo?

De Alfaro pasó á Franco: era la continuación de su descontento; y no se dio á partido ni cuando el General Franco, andando por un camino de vacilaciones y dudas, que tan fatal ha llegado á serle, al perder su popularidad les dejó con un palmo de narices, absortos y corridos, á sus futuros electores.

Miró el Gobierno de Plaza, refunfuñando: en su pueblo representaba la oposición; pero esa oposición ¿valía algo?—Y semejante conducta llenó de sorpresa á muchos que le conocían; pues como él se las da de ultra-radical, natural parecía que se uniese á un Gobierno que llevó la reforma á los límites del escándalo, entre la resistencia de los conser-

vadores y las excomuniones de los curas.

Y para levantarse contra García no tuvo sino un pretexto ridículo: la publicación del diario oficioso La Linterna, que talvez dijo alguna mala palabra contra él, como las decía contra toda alma viviente, sin caridad, criterio ni gramática. ¡Siquiera los riobambeños se levantaron porque la estación del ferrocarril no estaba al frente de la iglesia de San Felipe, ó por ahí cerca......! Verdad es que los riobambeños se han quedado con las ganas, y el Dr. Fernández estará contento, pues ya no se publica La Linterna.

Hoy nuestro amigo se halla de Jefe Civil y Militar de Ambato, en pugna con buena parte de sus coterráneos; y la administración pública, debido á esta lucha, anda como el diablo quiere; pero ¡ay del General Alfaro el día en que dé oídos á las quejas de los

ambateños! Tendrá un enemigo más.

En sustancia, don Julio Fernández es un hombre de temperamento bilioso, que anda por los campos de la fantasía componiendo los mundos á su antojo, que se aíra porque la realidad no corresponde á sus deseos y descarga sus iras sobre el primero que puede.

Personalmente, es un excelente sujeto y un cumplido caballero.

Hoy es alfarista furibundo, como él suele serlo: por temporadas.

Ya le veremos en el campo de la oposición.

VIII

Camilo Echanique.

Cuando á aquella ridícula farsa mal llamada *La Fronda*, que quiso presentarse ante la Nación con ínfulas de *Asamblea Liberal*, envió el General Alfaro como diputado suyo al señor CAMILO ECHANIQUE, hoy Ministro de Hacienda, en Quito se preguntaban liberales y conservadores:—¿Quién es ese señor? ¿Qué es ese señor? y pocos, muy pocos, entre los mismos guayaquileños, podían dar cuenta de él. ¿Qué quién es? Pues ya lo saben ustedes: el señor Camilo Echanique. ¿Que qué es?

Un buen sujeto, un industrial que se ha pasado honradamente parte de su vida manejando una tahona. ¿Y qué más? Nada más...... Ah, fué Concejero Municipal hace muchos años. Y esto es todo.

Y á los que seguían preguntando la razón por la cual el señor Alfaro había escogido tal representante cuando en Quito tenía amigos de alta posición social, como don Carlos Freile Zaldumbide, v. gr., y en Guayaquil confidentes tales como don Emilio Estrada y don Emilio Arévalo y *tutti quanti*, que habrían podido ejercer con brillo su personería, se les contestaba con un encogimiento de hombros. ¡Vaya usted á saber!

¿Quién es él? ¿Qué es él? Todavía lo están inquiriendo, boquiabiertos, los liberales alfaristas que creyeron asaltar por fuerza de armas los salones de las secretarías de Estado, en virtud de antiguos merecimientos revolucionarios y complicidades *admi-*

nistrativas, si sufre expresarse de otra manera; y no salen de su sorpresa los oposicionistas y neutrales que todo lo malo esperaban del señor Alfaro, menos la improvisación de hombres públicos para entregarles la gerencia de los negocios......¡porque, al fin, somos tán pocos y nos conocemos tánto!

En tiempos anormales, y en otros que no lo son, toda la gestión política gira al rededor del Ministerio de Hacienda: el dinero, he ahí la eterna cuestión. Dinero para el Ejército, para los empleados, para los amigos, para la pantorrilla gubernativa; dinero á manos llenas, á sacos, un Pactolo caudaloso que va á parar en el bolsillo de los nobles *héroes* que se sacrificaron en aras de la libertad y del progreso. En un país pobre como éste, ¿dónde tanto dinero? La ciencia de un Bastiat, de un Cobden, de un Stuart Mill, de todos los economistas y *financieros* del mundo, se

declararía impotente, si la honradez ha de presidir sus actos y no han de informar la locura criminal, la imprevisión y el desgreño, sus procedimientos; pues donde no existe la mina, inútil es buscar el metal.

¡Y sin embargo, ese dinero se encuentra con relativa facilidad, el oro afluye, la codicia sonríe satisfecha, hay para pitos y flautas. No importa que la Administración no se pague: ¡que esperen los patriotas! No importa que las provincias se mueran de hambre: ¡que tengan paciencia los ciudadanos! No importa que la Instrucción Pública perezca de necesidad: ¡con tal de que haya ejército y diplomacia......!

Y miles para las víctimas, miles para las viudas, para los huérfanos, miles para los amigos, miles para los diplomáticos de bululú que van á exhibir en el extranjero el triste espectáculo de su nulidad; miles para becas, para comprar casas á los partida-

rios pagándolas á precios inverosímiles......¡Buen señor Alfaro!

¿Cuál el secreto de esa mina? —Encontrar un hombre.

Un hombre que sea lo suficientemente ignorante para no comprender la responsabilidad que se le echa encima, lo suficientemente oscuro para temer el juicio de los contemporáneos y de la posteridad, lo suficientemente inhábil para que su acción pueda molestar á la de los que están sobre él; lo suficientemente adicto para hacer á ojos cerrados lo que su jefe le mande, lo suficientemente bueno para dejarse sacrificar, lo suficientemente desconocido para que inspire temores á los ecuatorianos. Y una vez encontrado el hombre, pronunciar el *Sésamo ábrete* en la cueva de los cuarenta ladrones......

—Fondos de reserva? Míos. Empréstitos? Son mi fuerte. Impuestos, contribuciones, pechos y gabelas? De mi tribu. Entradas fiscales? rentas municipales? Mi

patrimonio. Y ande yo caliente y ríase la gente. ¿Qué responsabilidad tengo? ¿Acaso soy responsable? ¡Allá el Ministro de Hacienda! ¿Que la bancarrota es inminente, ineludible? Que se ha matado el presente y asesinado el porvenir del país? Y á mí qué!......

Esto será atroz y muy criminal; pero no es ninguna cosa nueva; ¡oh ecuatorianos que hemos pasado por la criba de los cupos de guerra, los empréstitos forzosos y las confiscaciones!

El señor Alfaro ha encontrado su hombre. Honrado, bueno, adicto, desconocido, totalmente imperito en materias administrativas; alfarista hasta la médula de los huesos: resulta una víctima de la corrupción ó de la locura ajena dicho personaje; pero ¿qué más da? ¡El estará orgulloso y satisfecho de representar un papel con que en su modesta esfera no soñó jamás.

Con esto paréceme haber expli-

cado lo que es y lo que hace el señor Echanique. Actualmente, no es siquiera un hombre, es una máquina.

Máquina sí, pero para triturar la Nación en sus intereses fiscales.

IX

Nicanor Arellano H.

Como persona particular, es totalmente inofensivo.

Como militar......también.

Y un excelente sujeto.

Alegre, cortés, cariñoso, da gusto verle en las calles de Quito repartiendo sonrisas y saludos á diestra y siniestra; viejecilla coquetona que se lleva tras de sí las burlonas miradas de amigos é indiferentes.

Nunca que yo sepa se ha uniformado: la levita ciudadana le ciñe el torso, cubre la parte superior de su cuerpo, que llamare-

mos cabeza, la clásica chistera, y los guantes van colgados de ese bolsillo como un manojo de espárragos. Uniforme ¿para qué? El uniforme militar supone como prenda principalísima la espada, y espada ¿para qué?

La bondad de su corazón es proverbial: no sería hombre para matar un mosquito: por compasión al mosquito......y por odio á la sangre.

En cuanto al arte de la guerra, él no se mete en dibujos, porque—lo que él dice,—de Alejandro á Napoleón, de Napoleón á Kuroki, de Kuroki á Emilio Terán, la victoria es la improvisación del Genio, y el Genio rompe las reglas; el cuento es dar sobre seguro y machacar largo.......¡Y eso que Alejandro, Napoleón y Kuroki no tuvieron á sus órdenes los invictos *pupos rojos*......

¡Y es un General, vaya, un General de la República, á quien si precisamente no le distinguen la pericia ni las dotes intelectuales

tampoco, precisamente, le asiste la heroicidad que se ríe del peligro y juega con las balas!......

Me viene en este momento un buen recuerdo del General don Nicanor.

Comenzaba la *chilenización* de nuestro ejército. Todavía no cabalgaban *en cuatro* nuestros cadetes, pero ya el cuadro de clases entendía algo de movimientos gimnásticos.—Un día quisieron lucirse los instructores chilenos, y convidaron á presenciar un acto de prueba á los señores del Gobierno. Por el General Alfaro y sus conmilitones, pase, porque ellos tampoco son unos gerifaltes en eso de gimnasia; pero con ellos iban algunos oficiales extranjeros y también miembros del Cuerpo Diplomático.

Principiaron los chicos sus saltos y cabriolas, después de haberse cuadrado en todas las posiciones imaginables y saludado militarmente al *sursum corda*. *A la iz......A la de......*Era un contento.

Carreras para aquí, brincos para allá, saltos mortales, escalamiento de muros, ejercicio de tiro, simulacro de combate......¡la mar! Todo artísticamente ejecutado y con una gracia y precisión dignas de loa.

—¡Bravo! ¡Bravo! Espléndido!......

Y los aplausos sucedían á cada ejercicio, y los chiquillos de la Escuela de Clases saludaban muy serios, y no cabían en el cuerpo los oficialetes chilenos contratados para desasnar á nuestros futuros héroes. Deveras que era divertido el espectáculo.

Todos estaban contentos: sólo el Ministro de la Guerra se retorcía nerviosamente el bigote, sonriendo con una lástima infinita.

—¿Qué le parece esto, señor General Arellano?—le preguntó alguien, en mala hora.

—¡Psht!—hizo el Ministro y se encogió de hombros.

Entonces se le acercaron algunos diplomáticos.

—¡Cómo! que no son de su agrado estos ejercicios? Si son el a b c de la milicia. Esto fortifica el cuerpo......y militariza.

—¡Psht!

—Pero, en fin, ¿cuál es su opinión? Porque ella es la sentencia de la bondad ó nulidad de los trabajos de la misión chilena......

—¡Elé! Para qué vale, pues, esto? Les están enseñando á maromeros. Ya les quisiera ver á estos macacos en la pelea delante de mis *carchis*......

El General Alfaro estaba pasando las de Caín; y los que tal oyeron soltaron la carcajada......

¡Y es un General! Qué! Y es un Ministro de la Guerra.

*
* *

De todos los Generales que se han improvisado durante el régimen liberal, Plaza traía la fama de sus proezas en el extran-

jero; Franco tenía el inconcebible prestigio de hombre fuerte y futuro caudillo; Moncayo, la plana de servicios; Rafael Arellano, el valor y la inteligencia; García, el jesuitismo embaucador, que engañó á todos; Flavio Alfaro, el arrojo ciego; Andrade, la bravura estoica, el talento y el dón de gentes; Nicánor Arellano ¿qué tenía?

Liberal, eso sí, liberal de toda la vida y conspirador constante en unión de su viejo y benemérito hermano, que no quiso meterse en el sucio fregado de la dichosa *Transformación*. Pero si alegásemos estos méritos en la carrera militar, aquí, en esta tierra de conspiración contínua, habría más generales que en Venezuela, Colombia y Centro América reunidas. En camino estamos, y con lo peorcito; pero, al fin, no hemos llegado todavía á tal extremo.

—Arriba muchachos! —Y cientos de ciudadanos tan dados á la

política como él,en el aburrimiento de la aldea, se echaban á la calle con ganas de gresca: en caso de derrota,—que era el caso de todos los días,—allí cerquita se hallaba la frontera colombiana: no había sino que pasar el Carchi, y á vivir.

¡Bravos *pupos rojos!* Es una familia especial, más pastusa que ecuatoriana, con las mismas costumbres del Sur del Cauca,el mismo valor é idénticos vicios. La estatura alta, el cuerpo musculoso y fornido, la piel curtida, el rostro inteligente, el acento dejoso y dulzón; el gran poncho colorado de bayeta casi hasta los piés, el cubilete de Jipijaba de ancha falda y adornado con roja cinta sobre la cabeza; al duro y calloso pie la indispensable alpargata: he ahí la *vera efigies* del bravo hijo del Carchi.

Y en cuanto á sus cualidades morales, el dibujo es, igualmente, fácil. Amigo de la aventura, del negocio, es más bien comerciante

andariego que agricultor: terco en sus aficiones, la política la lleva á la extremidad de odios implacables. Pésimo soldado por su indisciplina proverbial y las confianzas que se toma con sus jefes. es valiente en el combate. Cierra los ojos y entra como un toro, y más si pelea en tierra propia; pero como acierte á tomar algo, ya no se cuente con él. Por un mal caballo que roba, se deserta donde esté, y efectúa viajes de una paciencia admirable, por lo alto de la cordillera y al través de bosques y despoblados Tiene la mala fama de los antiguos *Tauras*, fama de vandalaje y crueldad: el pueblo se echa á temblar á su aproximación, y como haya combate en ciudad, cada ciudadano asegura las puertas de su casa y el comercio toca á somatén. Él es bueno, sobrio, valiente, pero las manos le bailan y no quiere volver á su hogar sino con algo en ellas.

Esta es la gente de los Landá-

zuris, de los Arellanos; *pupos azules* ó *rojos:* liberales ó terroristas, pero arrojados todos. Con éstos, fácil es la conspiración.

Por esto mismo, es admirable que con semejantes muchachos la vida revolucionaria de don Nicanor haya sido un desastre contínuo: de derrota en derrota, ha pasado por un largo camino de desengaños,—debido á su flojera, dicen muchos,—hasta ser vencido y amarrado por las mujeres ibarreñas, guapas hembras que no tuvieron compasión del viejo liberal allá por 1895......

*
* *

Había en Cuenca un santo varón á quien llamaban sus paisanos *el doctor Justito.* Amigo de los pobres, manso y humilde de corazón, indeciblemente bueno, indeciblemente sencillo, era capaz, como San Francisco de Asis, de predicar al hermano lobo y á los hermanos pájaros: querido y res-

petado, se hacía perdonar su fanatismo por la dulzura de su trato, y su intolerancia, porque nadie le hacía caso.

Pues este digno sacerdote, cuando se encontraba con algún desventurado, algún frustrado, bueno y manso como él, le palmeaba cariñosamente, y haciendo hocicito los labios, bajando los párpados y resplandeciéndole en el rostro un rayo de compasiva dulzura, exclamaba:

—¡Pobre! Tontito........ineptito......

....

....

El doctor don Justo León no conoció al General don Nicanor Arellano.

X

Julio Román.

Pertenece al grupo de los radicales exagerados, para quienes toda consideración de prudencia es un obstáculo que retarda la reforma, que van al porvenir con la ciega confianza de niños impacientes, y desearían que el Clero festejase el Viernes Santo cantando, de gorro frigio y blusa colorada, la *Marsellesa* ante Cristo Crucificado.

Esta vehemencia generosa por el triunfo final de todas las libertades, la de la conciencia emancipada del dogma y de religiones

positivas inclusive, es muy comprensible en muchachos exaltados que salen del aula con la cabeza caliente de lecturas anticatólicas, henchidos de radicalismo y panteismo y ansiosos de probar la fuerza de su dialéctica y la grandeza de sus utopías en los combates de la vida pública; pero el señor Román ya no es un joven, y hace mucho tiempo que abandonó los bancos universitarios después de haber obtenido la ansiada recompensa.

Es que la edad no le ha enfriado los bríos, y su carrera militar en el campo liberal ha fortificado sus convicciones, llevándole casi hasta la peligrosa linde del fanatismo.

Sería esto inexplicable si no se tomara en cuenta el medio social en que ha pasado la vida y ha determinado su ardiente clerofobia. Esta ha nacido, más que de una labor reflexiva, del espíritu de resistencia.

Nos explicaremos. Nacer y vi-

vir en una sociedad cuya laxitud de conciencia é indiferencia en materias religiosas producen un ambiente de benévola tolerancia, dentro del cual caben cómodamente y sin fricción de ninguna clase toda suerte de opiniones, es una ventaja para los que vienen á este valle de lágrimas con un espíritu enfermizo, abierto al entusiasmo y necesitado de holgura para el desarrollo de sus ideas. En medio de la frialdad circundante para cierta labor de propaganda, en poblaciones donde la existencia es una lucha ruda y cruel por los intereses materiales, que no dan tiempo para más filosofía que la del santo dinero, la exaltación de ánimo en pro de principios y doctrinas que nada tengan que ver con la especulación mercantil, *alma mater* del trabajo, es sencillamente imposible, porque donde no hay resonancia la voz se apaga en breve.

Pero bregar en poblaciones donde los partidos, más que al predo-

minio político tienden al triunfo de ideas en la organización de la sociedad, es ya ardua cosa, y más si domina la clerecía y el principio religioso quiere ser llevado á la práctica con no disimulada tiranía. La contradicción constante enardece los espíritus, la violencia provoca la resistencia, el odio se abre campo, y el clero intransigente cosecha desengaños allí donde creyó hacer duradera su dominación.

Como la acción del sacerdote ha sido siempre más suave ó no ha encontrado apoyo para sus exageraciones contraproducentes en las provincias costaneras de la República, aquí no se comprende cómo de ciudades tales como Cuenca, Riobamba, etc., salgan esos radicales que quieren llevar á sangre y fuego la reforma social, excluyendo á los curas y á la misma Religión de todos sus planes de reorganización y perfeccionamiento.

Sin embargo, apenas hay cosa

más natural. El clero había absorvido no sólo la sociedad civil sino la doméstica: allá el inspirador, el agitador, el cómplice; aquí el consejero, el dictador íntimo á título de dirección espiritual. Toda la actividad, toda la energía de que es susceptible la ciudadanía, en sus manos, por razones de conciencia; y presente siempre en todos los actos de la vida, desde la cuna hasta el lecho mortuorio y aun más allá, al borde de la tumba, árbitro de los destinos humanos en nombre y representación de la Divinidad......¡por la razón ó la fuerza! Los que considerando que, de este modo, sacrificada la primera de las libertades cual es la de conciencia, todas las demás eran imposibles, alzaban tímidos el pendón de la resistencia y luchaban en los centros electorales, el Congreso ó la Prensa, por rebajar algo en provecho del común aquel poder formidable, eran malditos y excomulgados y señalados al odio de

las turbas devotas é inconscientes. De aquí el combate á campo abierto, donde un fanatismo originaba un fanatismo contrario.

Y en la hora de la victoria, cuando los perseguidos y los excomulgados de la víspera vienen al Poder, todavía con el ruído de la pelea en los oídos, ¿no es natural y consecuente que quieran ensayar aquello que con tanto ardor sostuvieron y á cuya defensa sacrificaron la tranquilidad de su vida y el aprecio de sus conciudadanos?

He aquí sencillamente explicado el caso del señor Román, actual Ministro de Instrucción Pública.

*
* *

Él ha sido un liberal toda la vida; y fué bajo su Dirección que una Sociedad del Chimborazo se atrevió á lanzar, en una de las ciudades más ultramontanas, un bien concebido programa radical, acto por el que la censura ecle-

siástica y la malevolencia de una sociedad fanatizada hicieron de las suyas extremando sus rigores.

Ignoramos la parte que ha tomado en la sedición alfarista, y da pena, ciertamente, verle metido en este desconcierto, en el que á duras penas son oídos los que no han perdido todavía el juicio.

Viejo en la política de su pueblo y estimado en los círculos sociales, es un hombre nuevo en la Administración, y, acaso, en su modestia, ni él mismo previó jamás el papel que hoy le han llamado á representar.

¿Le faltan méritos para él?—No: lo que le falta es la preparación suficiente, á fin de que pueda representarlo con mayor novedad.

Aunque hombre inteligente, no conoce los procedimientos; y mal aconsejado por quienes no vacilan en verle en ridículo, incurre en contradicciones graciosas que

la oposición va anotando con burla.

Ya irá educándose; pero mucho tememos que se quede á medio camino. El ha ido á la revuelta por el triunfo de un ideal y no por el logro de un interés personalista: esto es muy creible, conociendo su carácter; pero ese ideal ¿triunfará? ¿No le está reservado al señor Román el más cruel de los desengaños, el día en que vea á su amigo y Jefe, el General Alfaro, ir con los brazos abiertos al encuentro del episcopado y vender los intereses de la doctrina liberal á trueque de obtener el apoyo de la clerecía contra la oposición conservadora y la de su mismo partido? Esto es muy posible, porque quien hace un cesto hace ciento, y de la Ley del Patronato al frustrado Concordato Gasparri–Peralta hay menos distancia de la que se cree.

*
* *

Por lo demás, es un excelente

caballero y mejor amigo, la misma cortesía, la amabilidad en persona. No estará nunca en primera fila entre los ambiciosos y politicastros; pero la misma debilidad de su carácter le salvará del odio de muchos que, tras de la acción ministerial, buscan al verdadero responsable de muchas inepcias y tontunas. En su sillon, él reina, pero no gobierna; ¿por qué atacarle cuando tenemos fe en su irresponsabilidad? La culpa la tienen quienes le han rodeado de intrigantes que le llevan á logias masónicas y ligas de librepensadores.

XI

Manuel B. Cueva.

El famoso don Antonio de Valbuena, *alias*, Miguel de la Escalada, al tratar en uno de sus batiburrillos críticos con mucha irreverencia y notoria injusticia al insigne Núñez de Arce, dividía á los poetas en *sustantivos y adjetivos*, en razón de la cantidad de ripios y otros deslices literarios. En presencia de ciertas personalidades de nuestra política, ganas dan de seguir la clasificación del deslenguado Valbuena; pues muchas hay que no representan sino la sonoridad de un epíteto, puesto á lado de un sustantivo antes

que para determinarlo o calificarlo, por motivo de eufonía, resultando todo lo más ripio posible. Sin ellos, el concepto existiría, pero sin su concurso no se llenaba la medida, y eso es lo que van ganando......

El doctor Cueva pertenece á los *adjetivos*. Político de *ripio perpetuo*, con su nulidad y todo es uno de los mascarones decorativos del Partido Liberal, por cuya boca fluye, en chorretadas intermitentes, la elocuencia de Asambleas, Sociedades, Círculos y Clubs danzantes, en el campamento de la bandera roja.

Pero él tiene título para esta representación que viene ejerciendo desde 1895? No. ¿Por qué? Porque, si bien no carece de talento é ilustración, abogadil sobre todo, no es un liberal, ó cuando más es un liberal moderado, un liberal de orden, un liberal genuino, un liberal católico, todo lo menos liberal que se puede ser.

Ah, los *liberales de orden!* Estos son la peste del partido; y en sus filas es donde los tiranuelos de espada ó de garduña van á buscar refugio y reclutar *oportunistas*, cuando hace falta presentarse ante la espectación de los imbéciles con ínfulas de regeneradores y libertadores!

Los *liberales de orden* son más comprensibles de lo que se cree. Por otro nombre, se llaman:—el *justo medio;* y de ahí puede salir un tercer partido que sirva de punto de transición para una extremidad cualquiera, mayormente si la extremidad es el más puro conservatismo. ....Ellos fueron los hombres de Veintemilla, de Flores, de Cordero; ellos los que formaron el gran núcleo gubernativo cuando al señor Alfaro le dió la gana de intentar perversas aproximaciones con los terroristos que de buena gana le hubieran suspendido de una horca......

Lo malo es que estos señores se quedan de escalera, á la que la

ambición satisfecha suele dar un puntapié al día siguiente de la subida, para hacer desaparecer las señales del escalamiento......

Pero conspiran, intrigan, se quejan, se mueven, andan, se presentan. Tienen la ciencia de saber acomodarse, poseen el secreto de la oportunidad y hacen labor de succión, como los pulpos.

Es natural! Poner una vela al santo y otra al diablo; leer á Renan é ir á misa; sonreir á las ligas de librepensadores y dar un sucre para el Dinero de San Pedro; firmar declaraciones de principios absolutamente radicales y ponerse el *Syllabus* sobre la cabeza; odiar sonriendo y meterse en todas partes; decir atrocidades de los jesuitas é imitarles en sus métodos y procedimientos, llevan muy lejos en este mundo de engaños y falsificaciones, donde medra más quien mejor miente......

*
* *

El señor doctor Cueva ha pa-

sado por lentas transformaciones antes de convertirse en jefe de grupo dentro de la bandería liberal. Como la mariposa, necesitó primero ser larva, ser ninfa eñ el capullo terrorista; y cuando echó á volar por los no siempre floridos campos de la política alfarista, después de haber pelechado en el jardín zoológico del progresista don Antonio Flores, ya los cincuenta años bien cumplidos pesaban sobre su venerable cabeza.

A esa edad se pierden muchos entusiasmos; y el desencanto de la inutilidad del trabajo anterior en la lucha por la existencia, hace perder toda huella de desinterés personal en la última campaña. Estas no son debilidades de carácter, sino achaques de la edad. ¿Por qué pedir á la Naturaleza más de lo que da de sí?

Y como se han aprendido las artes de la ficcion en una labor tan estéril como ruda, viene á ser la mentira una necesidad perpe-

tua. Los labios no se abren quizás para falsear la verdad, ni en tan ruín ocupación se mueve la pluma; pero toda la persona tiene una como emanación de mentira: el mirar, el andar, el sonreir, el acento de la voz y el estilo de la conversación, el paso y el continente.. ...¡Desgraciados de esos pobres cómicos, á quienes la ambición desatada, la codicia no reprimida y el ansia de notoriedad les obligan á una representación no interrumpida en todas sus relaciones con el mundo exterior! Es fácil, así, ser un grade hombre, pero las vejigas hinchadas que van rodando con estrépito sobre el adoquinado de las calles, todos saben que están llenas de aire, y nada más......

*
* *

El poder fué una prueba terrible para los que venían en nombre del liberalismo desde el fondo de las provincias, allá en el trágico período de 1895 á 1900. So-

bró audacia y faltó carácter: he ahí todo. Y empequeñecidos en la lucha de miserables intereses, peleándose sobre la túnica de César antes de que César hubiese muerto, mostraron las lacerias del partido y provocaron la desunión, mientras rugía en la República la revolución terrorista.

Si las armas liberales triunfaban en casi todos los combates, interiormente, como partido político, nos preparábamos á la ruptura. ¡Cuántas tristezas entonces para nuestros ilusionados corazones! Los jefes y capitanes, los austeros como Catón, como Bruto, los probos como Escipión, los que habían sufrido por la Causa persecuciones de muerte, devorando amarguras en la soledad y en la pobreza, los luchadores, los mártires, los propagandistas, aquellos que en nuestra imaginación de adolescentes se presentaban con aureola de seres superiores, incomprendidos en la vulgaridad de la vida y las inep-

cias de una política liberticida, ¡resultaron tan pequeños, tan inútiles, tan odiosos en el ajetreo administrativo! Su nombradía se deshizo, y quedaron los más de ellos reducidos á fantasmones y espanta-pájaros......, y eso, cuando no se tiraron resueltamente por el camino de la tiranía y cayeron en el abismo, sin fondo para su dignidad y hombría de bien, de la más triste rapacidad. Si se cobraban en dinero su nombradía, ¿qué les quedábamos á deber?

¡Guárdeme el cielo de decir que el doctor Cueva se fué por ese sendero ni rodó por ese barranco! Yo creo que tiene las manos limpias; pero es indudable que se dejó en las alturas oficiales la admiración de los que no le conocían. Resultó pequeño para las terribles circunstancias que por un cúmulo de sucesos vinieron á pesar sobre sus hombros, y de ahí vino la pérdida de su crédito como hombre de buen gobierno.

Y cometió la bobería de presentarse como candidato para la Presidencia de la República, cuando la política de Alfaro había tomado un sendero de vericuetos, y sabía muy bien que no tendría ningún resultado su exhibición.

Consecuencia de esto fue su separación del General Alfaro y su rompimiento con Peralta, quien luego le hartó de ignominia revelando sus claudicaciones en tiempo de Flores y hablando de una profesión de fe católica hecha para sostenerse en una mísera Sub-dirección de Estudios. ¡El, que luego había de ser Presidente de la Convención y Vicepresidente de la República!......

*
* *

Y aquí hablaríamos de la *Fronda* y sus consecuencias; del trabajo revolucionario del señor Cueva, de su situación actual ante el Gobierno, mas ¿para qué? Apena la debilidad de quienes de-

bían pasar incontaminados á nuestros anales, sobre todo cuando ya no son los generosos entusiasmos juveniles los que le empujan al hombre por el camino de la conspiración contínua, sino el despecho senil del que ha mirado siempre verdes las uvas de la parra simbólica......

XII

Delfín B. Treviño.

Es cosa sabida que los alfaristas novísimos, aquellos que, venidos de todos los campos de la revuelta, se destapan hoy como una botella de cerveza bien madura, son hijos de sus obras; es decir, hijos de su deslealtad, de su felonía, de su ambición y de su inepcia. Del barbecho conservador saltaron al cercado liberal, en la hora del desbarajuste revolucionario, ganosos de la fruta del cercado ajeno; luego se volvieron airados contra el amo de la víspera y fueron más placistas que el mismo Plaza; en seguida acep-

taron destinos y confiaron en las promesas del Sr. García, y cuando éste dió la gran costalada, se pusieron á sonreir al ídolo que algunos audaces habían desenterrado de un desván oscuro y que hedía á polvo de sepultura...... Fuertes ante el desaire, intrépidos en el desengaño, irreductibles en su codicia, saben la ciencia de los codos, y avanzan, avanzan entre la multitud, abriéndose paso con gentil empeño, teniendo la habilidad de estar presentes siempre en el estadio político, con fanfarrias en la boca, súplicas en la mirada y una increible flexibilidad dorsal que les permite permanecer en cuatro......

Si entre éstos hay algunos hombres de bien, ciudadanos desinteresados que fueron á la revuelta ó la aceptan y consagran con su aplauso incondicional por una convicción errónea, pero sincera, de que así propenden á la felicidad del país, que se levanten y hablen, pues á honra tendremos

estampar su nombre en una gloriosa lista de excepciones.—Dicen que el que ignorantemente peca ignorantemente se condena; mas, ésta debe de ser alguna máxima de jesuitas que explotan con el infierno. El que ignorantemente peca tiene, á lo menos, en su favor la atenuación de su buena fe, y se la tomaremos muy en cuenta.

No; no es de éstos de quienes queremos tratar, sino de los alfaristas antiguos, de los alfaristas de toda la vida, que ya no son hijos sino padres de sus obras. Ellos empollaron la revolución de Junio que dió de sí al señor General Alfaro.—Treviño fue de éstos. ¿Hubo necedad? hubo engaño?—No: lo que sucedió fué lógico.—Detengámonos un momento en esta parte.

*
* *

Que el movimiento citado no se hizo para favorecer las pretensiones de nadie, ni siquiera de un

partido político, todos pueden decirlo. Como en las épocas decisivas de nuestra vida republicana, en presencia de crímenes políticos imperdonables ó tiranías insufribles, á él convergieron las fuerzas de las banderías históricas, y no debe culparse sino á la terquedad del progresismo dominante y á la necia alaharaca del Episcopado y el Clero, si concluyó por ser un sangriento triunfo liberal lo que comenzó por una conspiración terrorista. Al principio está don Aparicio Rivadeneira; al fin, el General Alfaro: entre el Concejo Cantonal de Quito y la Junta de Notables de Guayaquil; entre la Plaza Sucre de la capital y el campamento de Gatazo, no hay sino la mediación de algunos meses.

La República entera se levantó como impelida por un resorte; y las medidas de defensa tomadas por el Gobierno no sirvieron sino para precipitar su caída.

Justo es decir que, si la juven-

tud liberal que bregaba en el Centro sin ninguna probabilidad de éxito no osaba pronunciar el nombre de Alfaro, ese nombre no entraba tampoco en ninguna de las combinaciones que urdían los políticos directores de las huestes liberales, más ardientes y arrojadas que numerosas. Fué aquí, después de los acontecimientos del Norte y del Centro, donde ya se había derramado sangre ecuatoriana en la guerra civil, al día siguiente del movimiento decisivo que puso Guayaquil en poder de la Revolución, que se pronunció, que se impuso, dirémoslo así, ese nombre, que los varones constituidos en Consejo Supremo querían dejar en la sombra.

Alfaro era, ante todo, como la expresión de un ideal altísimo en las filas liberales. Era la resistencia de treinta años contra las dominaciones conservadoras; significaba el combate y la doctrina, y era como la encarnación del programa del partido nuevo, que

venia al poder por las vías más imprevistas, en una improvisación fulgurante; y no debía admitir competencias.

Esto, para la juventud. Los políticos comprendían que sin el General Alfaro, del cual desconfiaban y al cual temían, se hacía muy difícil, si no imposible, unir, compactar, fundir en uno todos los elementos liberales que tendían á disgregarse, dando paso á peligrosas ambiciones, por falta de un caudillo de suficiente prestigio cuya presencia ahuyentase pretensiones que se repelían. Para el pueblo, significaba sencillamente la libertad.

Y he aquí como todos los liberales fuimos alfaristas antes y después de la revolución de Junio y como Alfaro fué la consecuencia lógica de dicha Revolución.

Esto había necesidad de poner en claro, una vez más, para justificar la separación de los que se vieron engañados después del triunfo, por la incapacidad del

Caudillo ó la poca habilidad y honradez de sus adeptos y consejeros. Después de una larga lucha civil, en los momentos críticos de la cual supimos todos cumplir con nuestro deber, agrupándonos bajo la bandera sin tomar en cuenta nuestros resentimientos, ya Alfaro había desaparecido de la convicción de la mayor parte como la representación de una idea: huido el hombre–símbolo quedaba en el escenario el ambicioso irresponsable.

Entonces, ya no era él la doctrina, porque la había traicionado; ya no el lazo de concordia, porque había roto la unión liberal; ya no el Caudillo, porque se había convertido en jefe de círculo; ya no la esperanza del patriotismo, porque puso la República á las puertas de un grave conflicto internacional; ya no la libertad, en fin, porque había gobernado con el terror y á su sombra había hecho de las suyas la codicia villana, que no respetó la in

contaminada honradez de aquel hombre que pasara por todas las amarguras de la proscripción y todas las tristezas de la indigencía......Y se quedó solo.

Solo, pobre y desesperado; pero trabajando siempre por el regreso á las alturas, de las cuales le alejara su incomprensible política de 1901. Con Plaza pudo serlo todo: ¿por qué ultrajó á ese hombre que le debía su fortuna, que era el hijo de sus vacilaciones electorales, y se venía á él con el corazón henchido de gratitud?

A su soledad, como les acontecía á algunos ermitaños de los primeros siglos del cristianismo, le siguieron algunos discípulos, movidos por una lealtad sin límites al amigo en desgracia, de un cariño por el viejo maestro que antes les había llevado por sus senderos.

Entre éstos, hubo de todo; pero hidalgo es confiar que si los Moncayos, los Peraltas y algunos conmilitones cuyos nombres

se hace imposible estampar en estas líneas, le empujaban al Jefe por el camino de la revuelta, también estuvieron con él algunos hombres honrados, cuyo consejo, desgraciadamente, no pudo neutralizar la acción corrosiva de una ambición antigua azuzada por áulicos codiciosos de botín.

Entre estos pocos hombres de bien que le siguieron al Viejo Caudillo á su última empresa, antes que por convicción para que no fuese él solo en el sacrificio, caso de una derrota, se hallaba TREVIÑO. Representaba en el movimiento de Enero la fuerza impulsiva de la juventud y el prestigio del talento.

*
* *

La última revolución del General Alfaro mereció la aprobación del antiguo Partido Liberal que le siguiera en todas sus correrías de sublevado y rebelde?

Al Ecuador le consta que no.

De los viejos combatientes muy pocos, y no los de más prestigio, son los que le rodean; y ha habido necesidad de consagrar la ambición codiciosa de muchos advenedizos, calificando de liberalismo puro lo que no es sino puro *oportunismo*, para que el desaire no sea completo.

De esos pocos, Treviño es uno. Ha cometido uno como suicidio moral extremando una fidelidad de caudillaje á la que no le llevaban sus principios ni sus conveniencias.

Porque, al fin y al cabo, si en la prensa y en la tribuna parlamentaria ha sido siempre de los que aquí llamamos *doctrinarios*, dentro del canon radical; en la vida práctica es más bien amigo de las soluciones mediocres, y gusta de vivir á la sombra del trabajo honrado, en paz con todos y con la mirada fija en el porvenir de los suyos. Y después de los desengaños sufridos con el señor Alfaro desde 1897, aun en el

delicado punto de la doctrina, parecía natural que no se volviese contra un Gobierno que ya había sido su *des deratum* desde 1900.

Su carrera es rápida. Con talento y audacia, lleno de ese anhelo de subir y brillar—llámese orgullo, entusiasmo, estímulo ó vanidad,—en la hora en que el viejo conservatismo se vino á tierra, él puso á firme su mojón en la heredad liberal y fué cuanto quiso ser. Ha llevado en su mochila el bastón de Mariscal: en la Milicia, ocupa uno de los primeros puestos, por el grado que tiene y por los empleos que ha desempeñado; en la ciudad de su residencia, es uno de los que dirigen la política, por sus entronques sociales y su rol en el partido dominante; en el Congreso ha sido agraciado con una medalla de oro por su trabajo en pro de las ideas liberales.

Ahora se le ha hecho General; y tiene el buen tino de decir que no aceptará la confirmación de este

grado por la Convención, porque él sabe que si hay otros de menor valía que él con ese título, él no ha hecho lo bastante para merecerlo.

También esto es orgullo. ¡Si todos lo tuvieran del mismo modo!

Y sean cuales hubiesen sido sus servicios en la última campaña, los que de cerca le conocen aseguran que él, á lo menos, si acepta honores y distinciones, no se los hará pagar en dinero contante, ni cosa parecida.

Su figura moral se puede bosquejar en cuatro rasgos: inteligente, testarudo cuando se cree en posesión de la verdad, lo que le sucede con frecuencia; á la par irascible y bueno, nervioso y pronto en sus resoluciones. No será lo que ahora se ha dado en llamar *todo un carácter* para significar una lumbrera, pero es un excelentísimo sujeto, que irá á donde le dé la gana si toma la po-

lítica con más seriedad y constancia.

En la situación actual no es de los equivocados. Sabe perfectamente en el pozo oscuro donde la República ha caído, pero no quiere confesarlo en voz alta, por consecuencia con la obra de sus amigos.

Ya vendrá á las filas de la oposición, pues no es él quien se deja comprar con los halagos de un título que, entre nosotros, no significa mucho, por la prodigalidad venezolana con que se ha comenzado á repartirlo.

XIII

Juan B. Vela.

— —

He aquí uno de los caracteres más complejos. Por un lado, todas las altezas del patriotismo, todas las heroicidades, todas las honradeces; por el otro, caídas lastimosas, aberraciones inconcebibles, todos los arrastramientos de la ambición y todas las mezquindades del partidarismo inepto. Ya es el combatiente que, solo é irreductible, se va, pluma en mano, con lengua libre y frente alta, contra los perversos y tiranuelos, ya el servidor incondicional de rastreras dictaduras y

aplaudidor de gobiernos por él execrados; buen ciudadano, escribe contra Caamaño, contra Flores, contra Cordero; buen liberal, envía á morir á sus hijos en los tristes campos de la guerra civil, en defensa del liberalismo amenazado; hombre puro, sale del campo de prostitución con las manos limpias y el corazón tranquilo; é inmediatamente, en una como ira sorda de impotencia, acumula los despechos, los rencores, las envidias, acepta dinero de los mismos que olvidan sus servicios y desconocen sus méritos; declama contra las consecuencias de su propia obra y se mezcla con la multitud inconsciente en desatados odios de bandería ó plebeyas afecciones de pandilla.

De él se diría que es un gran Desengañado, si su temperamento fuese otro y sus actos fueran consecuentes consigo mismo.

En las veleidades de su carácter, tiene arranques de personaje de Plutarco, grandes y bellos,

bravezas de niño, y antojos, desmayos y caídas de mujer.

En él los nervios no son cosa de temperamento; son, ante todo, cuestión de política......

Soberbio en la contradicción, inquebrantable en la adversidad, al llegar al término y querer recoger el fruto, después de la victoria, dobla demasiado el espinazo, porque los que se le han adelantado le echan ese fruto en el suelo. El se merece más, pero se conviene con que le tengan en menos. De ahí el desastre......

Esta antinomia no es difícil de explicar siempre y cuando se considere,que si bien la contraria fortuna es la prueba de las almas fuertes, el triunfo es la piedra del toque de los caracteres.

Saber sufrir dignamente es raro, cuando la tentación ruge en derredor con estímulos halagadores: ser dignos en la prosperidad es más raro todavía.

Cuando se está en la agitación de la lucha y la justicia y la ver-

dad van con nosotros á las soledades del destierro y á las oscuridades del presidio, al pie mismo del cadalso; por desamparados y desconocidos que nos hallemos, tenemos siempre la gran consolación de la simpatía de las almas buenas, que llega á nosotros con rumor de aplauso y vocerío de admiración; y ese consuelo y aquel otro de haber saldado cuentas con nuestra propia conciencia, nos fortalecen y elevan.

Mas, en la prosperidad, cuando el camino llano nivela todas las estaturas, mucha cordura se necesita para no tropezar con la Envidia, que es un bloque echado al paso, ni con la Codicia que tiene alas en los calcañares.

Abreviando: Vela es un grande hombre. ......por temporadas. Hoy está en un momento de paréntesis.

*
* *

No amenguamos en un ápice la labor de éste escritor público.

Los liberales ecuatorianos debemos acordarnos de que en los momentos más trágicos del decenio conservador, cuando el silencio era la respuesta que el miedo daba á una tiranía de clérigos rencorosos que no cantaban misa, y en la ineptitud circundante había uno como envilecimiento general, era su voz, vibrante y clamorosa, la única que solía resonar en la pesada atmósfera, mientras gemían en los campos de la derrota los combatientes vencidos y asesinados, y el odio cristalizaba crímenes en las regiones burocráticas......Los que después hemos venido, casi á manos lavadas, á aprovecharnos de una situación preparada desde los días de Montalvo y Pedro Carbo, debemos tener en cuenta, para nuestra veneración y aprecio, á los que se sacrificaron por la patria y la libertad y son los sobrevivientes de aquel gran naufragio en que se perdió hasta la esperanza.

No rebajamos nada. Pero debemos confesar que el Dr. Vela ha tenido en favor suyo—para su más rápido encumbramiento en el concepto de las gentes,—una desgracia: ser ciego. Cuando á la admiración que despierta una alma bravía y rebelde se une la compasión, se aúna la piedad, el camino para la gloria está hecho. Y si los atacados, los opresores y pícaros cometen la imbecilidad de perseguir al desvalido, de desterrar al anciano, de encarcelar al ciego, de hacer daño al padre de familia casi indigente, y si ese desvalido, ese anciano, sordo, ciego, pobre, cargado de hijos, es un escritor público y ese escritor no se dobla en la adversidad, se está en peligro de convertir un charlatán quizás en un Apóstol, un agitador, en un Tribuno, un neurótico, en un Mártir.

*
* *

A Vela le ha quedado la costra

guerrera de sus combates de otro tiempo.

Siempre contradictorio, habla duro y fuerte contra la situación que ha aceptado, que ha contribuido á crear, que sostiene, y suele retirarse protestando, para tornar al día siguiente, y así en adelante. Esto que sería una inconsecuencia ridícula en los demás, es en él simplemente característico. No puede proceder de otro modo!

Le ha echado á perder la adulación que de un varón modesto y sincero ha hecho, en ocasiones, un ambicioso vulgar.

El sabe que le están cerrados los senderos de la altura, y no quiere retirarse: ésta es su mayor equivocación. El Partido Liberal debe mantenerle en el Prítaneo, á expensas suyas, que bien merecido lo tiene; pero la canalla radical le empuja á la acción política para ampararse con su nombre, le impresiona fácilmente, tuerce con más facilidad toda-

vía su criterio ya de suyo débil y tornadizo, y del luchador hace un intrigante.

Seamos francos: de esto tiene también la culpa la Pobreza, su lazarillo inseparable: ¡es duro luchar con ella al fin de la vida, y la Necesidad tiene empuje formidable para hacer rodar á los mejores por caminos dolorosos!......

¡Si el señor Vela tuviese un poco más de fortaleza de carácter en las emboscadas de la política!

Como ariete, vale, por la pluma que maneja y el prestigio que tiene: ¿por qué no se le emplea sino en nobles causas?

XIV

Roberto Andrade.

¿Por qué tantas iras contra este hombre? ¿Por qué, de tiempo en tiempo, se desatan tempestades de odio y acusaciones en torno suyo? Ante la violencia de su pluma, se encolerizan los conservadores, ante su biliosa soberbia se rebelan los liberales, ante su adustez pálida y silenciosa huyen los radicales?......

¡Oh no, señores! Él no es un malvado digno de la execración de sus conciudadanos: compadezcámosle más bien, con esa piedad inmensa que es preciso tener para con los males irremediables, para

con las dolencias del espíritu, que, en los rudos combates de la vida y el constante padecimiento, no tuvo la fuerza suficiente para mantener la serenidad y el necesario equilibrio......Compadezcámosle, perdonémosle: es un neurótico, un pobre enfermo......

Estos caracteres enfermizos y soberbios se comprenden y se explican con mucha facilidad, cuando se conocen los antecedentes. Creer que se ha prestado un servicio enorme á la humanidad y á la patria, y ver que la acción en que consiste aquel servicio nos es achacada como un crimen de lesa humanidad, de lesa patria; haber pasado la vida en la miseria, atado al banco de un trabajo bien duro de llevar á cabo, y no recoger al fin la cosecha á que nos suponemos acreedores; haber bregado veinte años en el destierro, en el presidio, en los escalones mismos del patíbulo, y en el día de la libertad hallarnos con que nadie nos conoce de los

nuestros, y que, malograda gran parte de la existencia, nos quedamos con los brazos cruzados ante el porvenir, ya impotentes para conquistarlo, amargados por todas las ferocidades del infortunio y todas las tristezas de la pobreza; amar, y recibir la recompensa del odio......¿no bastan, decidme, para desalentar al más fuerte? La cólera se enciende en llamaradas cárdenas; viene al alma un infinito desprecio por todo lo que nos rodea, y crecen las adormideras de la Envidia, allí donde creímos que se alzaban frondosos é inmarcesibles los laureles de la Gloria. De aquí á la locura no hay un paso.

Tal es el caso del señor Andrade. A estas contradicciones se ha añadido una buena dosis de nativo orgullo, un concepto quizás muy elevado de sus propios merecimientos, y revuelto y amalgamado todo ello ha producido la neurosis incurable á que nos hemos referido.

*
* *

La historia es triste, un verdadero desastre, y muy conocida para que vayamos á repetirla: él mismo la ha escrito con todos sus detalles, no como una información para la edad venidera, mas antes á guisa de necesaria defensa.—Ella es corta y trágica.

Había un tirano y había también una juventud indignada que, inspirándose en los recuerdos de la antigüedad clásica, quería suprimir ese tirano con el puñal de Bruto y de Carlota Corday. Pero sucede que al mismo fin conspiraba un servidor del déspota, bastante cobarde para arriesgar la vida en semejante empresa, bastante diestro para no saber aprovecharse de las circunstancias. Y en derredor estaba un pueblo cansado, envilecido, fanatizado, á quien el látigo y el agua bendita mantenían atraillado en los desvanes de la tiranía.

La juventud fué al sacrificio,

convencida de la bondad de su intento, sin suponer que de antemano estaba vendida por el esbirro que ocultaba en la sombra sus maquinaciones y se valía del entusiasmo juvenil para sus fines proditorios.

El tirano cayó.

¿Fué ése un triunfo de sus victimadores?

Sobre los despojos sangrientos del tirano asesinado se alzó á mayores el hombre siniestro. Y los jóvenes fueron, quienes al patíbulo, quienes al ostracismo, entre los aullidos terribles de odio y de venganza, del mismo pueblo á la libertad del cual habían hecho la ofrenda de su vida......

Grande, tremendo desengaño! ¡Cómo! No habían libertado nada? No habían consumado sino un asesinato estéril para la civilización y la felicidad de sus conciudadanos, ya que sobre el cadáver del tirano se levantaba la tiranía de los últimos?

¡Nada más!

Pero ¡quién sabe! La sangre de los déspotas suele ser riego fecundante para la semilla de la libertad plantada por la desesperación y la violencia! ¡Mañana..... quizás mañana!

¿Mañana? ¡Pasaron veinte años como veinte siglos!—Nuevas revoluciones iluminaron con resplandores de incendio los horizontes de la patria, alzáronse *á dominar y parecer tiranos* aquellos que habían sido los gozquecillos ladradores del hombre asesinado: el tiranicidio marcó una época de desgracias no reparadas con la revolución de Setiembre, no vengadas con el generoso levantamiento de la Restauración.

¿Y los victimarios? Allá, lejos! Perseguidos y malditos...... Su obra había sido no sólo inútil sino contraproducente.

Llegó un día en que cayó al golpe del ariete revolucionario la vieja máquina de prostituciones y de crímenes. Era la hora del

desquite; era el momento del triunfo.

Desde el fondo del Panóptico, donde la cuchilla de una Justicia no vengadora sino vengativa se inclinaba sobre su cuello, acudió Bruto á las filas de los suyos, sincero y generoso, pidiendo su puesto, que no podía ser sino en primera fila, pues ante la magnitud de su obra y la duración de su pena ¿qué significaban los esfuerzos de los que venían con estrépito de batalla?

¡Pobre Bruto! ¡Pobre Andrade! Si en los campos de Filipos se halló abandonado y solo, si únicamente la Piedad le había seguido en sus peregrinaciones de proscrito y en sus padecimientos de perseguido, ahora se hallaba con que su nombre era *demasiado escandaloso* y que para no asustar al pueblo convenía mantenerle á la zaga......

Ante este golpe, debía dudar, debía vacilar; y vaciló y dudó. Era la injusticia infamante que,

á título de recompensa, le tendía un mendrugo en el banquete de los libertadores......

*
* *

Entonces le vinieron á la boca todas las amarguras del despecho y á la lengua todas las violencias de la ira. Habló; pero ¿quién le iba á oir?—Aún había para él un poco de respeto en el campamento liberal: el respeto que se tiene por un monumento antiguo que es ya una ruina que obstruye el paso. El se parapetó con esa ruina como detrás de una barricada, y entonces cayeron sobre él las burlas de los transeúntes, como piedras tiradas sobre ajeno barbecho......

Esto le encolerizó más. Irguióse altivo é hizo el recuento de sus méritos ante la historia y los contemporáneos......Se los negaron. ¿Qué había hecho él? Concurrir al asesinato de un hombre. ¿Qué había libertado él? Y alguien le dijo:

De la historia no aciertas el misterio?
¡Bruto! Tú eres el padre del Imperio
Y Nerón y Calígula tus hijos....

Pues Veintemilla, y Caamaño, y los Salazares, y los Flores, no podían llamarse los Titos y los Trajanos de esta pequeña heredad de la Roma clerical!......

Hosco, ceñudo, el alma llena de intensa pesadumbre, en vez de retirarse al silencio quiso ser su propio historiador y su propio deificador y vengador, con la altivez de un romano y la petulancia gárrula de un iroqués. Fué ésta su mayor equivocación y su más lastimosa caída. Herido el orgullo ajeno, volvió golpe por golpe; le tomaron como un loco y le trataron como un criminal; le exasperaron, le enfermaron, le pusieron en ridículo......y como él no se diese á partido, la animosidad circundante le venció y le desacreditó. De aquí su neurosis.

*
* *

—Es un loco cargado con el recuerdo de su crimen,—dicen los de la crítica teratológica á lo Max Nordau y los de la escuela criminalista de Lombroso y Garofalo, —al oir hablar incesantemente al señor Andrade de García Moreno y su muerte.

Nada de eso. Es que los antropólogos que le han juzgado con criterio nada benévolo, sino antes bien con el dañado objeto de herir su susceptibilidad y amargarle la vida, no comprenden que tan extraña conducta no es una enfermedad cerebral ó una degeneración sino un despecho justísimo al verse pospuesto y olvidado. El no habla, escribe, pregona la muerte de García Moreno por monomanía sangrienta, sino porque entiende que éste es su mayor título á la estimación de sus conciudadanos olvidadizos y á la gratitud de sus copartidarios egoistas. Otros, Abelardo Moncayo, v. gr., no se han atrevido á esta declaración

por prudencia: él no lo toma de ese modo, y cree, al hacerlo, que lleva á cabo un acto de valor ante la villanía de sus coterráneos que no quieren aceptar la confarreación de ese crimen, ó la comunidad de esa gloria sangrienta.

Y si el señor Andrade no habla del acontecimiento del Seis de Agosto ¿de qué ha de hablar? No es Macbeth que mira en el festín la sombra de Banquo; es el acreedor que recuerda su crédito á aquellos á quienes supone deudores suyos.

Y como en su cólera exaltada se cree en la cumbre, ha asumido carácter de jefe y ceñido ínfulas de Pontífice ante la República en general y el Partido Liberal en particular. Aconseja con superioridad, reprende como un dómine, interviene como con derecho propio, y al ver que nadie le escucha ni obedece, se muerde los puños y enferma de ictericia.

He aquí todo.

*
* *

¡Oh época de extraños envilecimientos en el Partido Liberal!

Exclamamos esto, porque tenemos la seguridad de que, de todos los ecuatorianos, es don Roberto Andrade el único que honradamente no puede estar á lado del Geueral Alfaro, quien, en ocasión memorable, empujó contra él la más fea de las acusaciones, cuya sóla enunciación era ya una bofetada.. ...

Y, sin embargo, ahí está casi de rodillas,—¡él, que no tembló ante la mirada de hiena de Gabriel García Moreno, él que no palideció cuando los chacales le iban llevando al cadalso!—ante quien dudó de su honra y le postergó al último lugar. Ahí está escribiendo periódicos, publicando libros, folletos, hojas sueltas, con fecundidad del que defiende el pan,—¡el pan amasado con los sudores de la adulación y de la mentira!

¡Maldición! ¿Por qué todos esos hombres que para nosotros representan una ilustración y un gran recuerdo no nacieron y son ricos, para que coloquen la independencia de su persona como muralla ante los ataques de la tentación traidora y garantía de su honorabilidad?

No basta ser honrados, amigos y compatriotas: es preciso también ser dignos!

XV

Francisco H. Moncayo.

Inteligente y bravo; correcto con los hombres y galante con las damas; cortesano digno de los días de Fontenoy y de la Pompadour, *causeur* infatigable y ameno, viejo con una vejez lozana y florida que va ya para los ochenta sin cansancios de espíritu ni doblegamientos de cuerpo, este caballero nos parece una especie de Mariscal Duque de Richelieu, visto al través de las novelas de Dumas padre

No es un héroe—¿quién lo es hoy, en esta edad de barro, en que el interés y la codicia, la concu-

piscencia de mando y el ansia de notoriedad contaminan las almas mejor templadas y hacen palidecer ante el peligro?—no es un héroe, repetimos, capaz de hombrearse con Pedro Bayardo y Diego García de Paredes bajo las murallas de Barletta; pero es un valiente soldado que tiene la virtud [llámese urbanidad ó pulcritud de conciencia] de no heder á rancho......

En estos breves artículos no escribimos historia, delineamos caracteres; por eso no nos metemos en averiguaciones biográficas que nos llevarían bien lejos, tratándose de un hombre que ha vivido tantos años, ha visto tantas cosas y ha intervenido en tantos acontecimientos. Lo único que aseguramos es, que la vida militar del General Moncayo, si carece del brillo de sonadas victorias y del reflejo sangriento de escenas de horror, está limpia de traiciones y que no ha puesto su espada y su nombre en aquella

almoneda de usureros donde la ambición suele secretearse con la deslealtad.

Es uno de los individuos más antiguos del Partido Liberal. Sobrino de Don Pedro Moncayo, el viejo *chihuahua* que consumió sus días en la expatriación, allá en las hospitalarias riberas de Chile, tenía que ser un liberal de raza y seguir las tradiciones de la familia.

Y así ha pasado su existencia de político entre la conspiración, el destierro y el campo de batalla; siguiendo las peripecias de la causa que defendía, y, como todos, con más despecho y amargura, con más ira y deseos de exterminio ante las injusticias del Destino y las calamidades públicas que Administraciones imbéciles ó tiránicas hacían llover sobre el Ecuador, que con himnos de triunfo en los labios y alegría en el corazón.

Sin embargo, para los espíritus bien cultivados y las inteligencias

no obstruidas por la triste vanidad de la hora presente, esos fueron tiempos mejores.......¿Sabéis por qué? Porque en medio de la continua derrota, en medio de la persecución y el desaliento, aun resplandecía la generosa Esperanza, y en la cumbre se entreveía el Ideal lejano y adorado, que ponían en todos los que iban á su conquista el anhelo, el espíritu inmortal de sacrificio; Esperanza é Ideal que habían de caer, polvo miserable y ruín, al día siguiente del triunfo, para dar lugar al Becerro de Oro asesino de todos los sentimientos de abnegación y pureza......¡Oh el Desengaño!

*
* *

Cuando vibró en los ámbitos el grito de indignación que lanzó la República entera, en 1895, contra los alquiladores del Pabellón, Moncayo se acordó de su buen acero que se enmohecía en un rincón, si no convertido en asador, en riesgo de transformarse en es-

teva; lo sacó, lo limpió de las injurias del tiempo, y ciñéndoselo con brío juvenil digno de sus mejores días, corrió á ofrecérselo á aquel puñado de muchachos que, sin más ayuda que el valor y el entusiasmo, se habían levantado en armas en las provincias del Centro. Y él fue el Jefe.

Según su concepto, ensayaba el último albur. No fue culpa de los liberales, y mucho menos suya, él aconsejaba la resistencia hasta el último extremo, *hasta la navaja*, según la famosa frase de Palafox, si una situación completamente insostenible impuso la disolución *incondicional* de la diminuta división, después de la brillante función de armas de Guaranda.

Así, la campaña fue un verdadero desastre, á pesar de las ventajas obtenidas, y la dispersión se verificó, no sin protestas de los que no todo lo creían perdido.

Y mientras los jóvenes dudaban, desmayaban, se retira-

ban emplazándose para mejor ocasión, el viejo Moncayo siguió adelante: no rompió de ira su espada; la envainó serenamente y rodeó con la vista el horizonte oteando nuevos combates. Prosiguió con tenacidad la aventura y sus esperanzas no salieron fallidas en esta vez, pues pocos meses más tarde, el sol se puso para el partido conservador en el memorable campo de Gatazo.

Después, todos saben cuál ha sido la conducta del señor Moncayo. Fiel á su partido, á los principios que ha profesado toda su vida, durante la primera Administración del General Alfaro le vimos casi siempre en el retiro ó en la oposición. Su labor en el Parlamento era independiente y franca. Poco preparado tal vez para las luchas legislativas, en los días solemnes, en las discusiones interesantes no dejaba de oirse su palabra fácil y hasta galana y florida, que expresaba su pensamiento, aunque ese pensa-

miento no fuese favorable á las situaciones creadas por el Gobierno ó el Partido Liberal. Es un hombre de justicia á quien no daña su animosa verbosidad.

Y cuando era necesario pelear, peleaba.

¿Era en defensa del General Alfaro ó de la bandera liberal que flameaba sobre las cabezas de los combatientes rojos?

*
* *

Su situación actual es muy extraña en medio del grupo alfarista, bien que no hubiese hecho nada para preparar, ó precipitar y sostener los acontecimientos de actualidad.

Como militar, él debía lealtad al Gobierno constitucional y estaba en la obligación de ir en su defensa cuando se le requiriese. El se negó y se negó con franqueza......¿Cómo califica el honor militar esta conducta? Ahora es una heroicidad—naturalmen-

te;—entonces se dijo que había hecho bien, pues más valía un acto de indisciplina que un conato de traición, en esos días en que los militares ansiaban tener unidades de combate que ofrecer á los revolucionarios; mañana.......no sabemos qué se dirá mañana; porque el éxito suele justificar muchas cosas, pero no hacerlas cambiar de sustancia.

*
* *

Hubiera sido mejor para el General Moncayo no haberse metido, ó más bien dicho, no haber aceptado esta última aventura del General Alfaro. A la vejez no se corren estos trances en que el honor militar se pone en riesgo, sino es cuando la ambición del primer puesto es tentación perpetua; y el Diablo no le ha conducido aún á nuestro amigo á la montaña del *Tibidabo* para ofrecerle la República y sus habitantes. Habría sido mejor; porque

así no hubiese habido razón al decir que el señor Moncayo, que aceptó y sirvió á Plaza y á García en delicadísimos puestos, no tenía derecho á levantarse contra el Gobierno que había prometido defender, puesta la mano en el puño de su espada, y del cual mereciera distinciones que cesaron cuando su conducta de última hora le hizo sospechoso.

Èl fué un placista neto. ¿Qué hace perdido entre los alfaristas?

XVI

Manuel Montalvo.

Alto, muy alto, moreno, cenceño, solemne y grave, enfundado siempre en su levita negra, tocado con sombrero de copa, silencioso, irreprochable en sus amplios gestos, parece un grande hombre, cuando, real y verdaderamente, no es sino un hombre grande.

Como político es nuevo; como escritor, inédito, y no tiene del Cosmopolita sino el apellido. Es un ibarreño, si no andamos equivocados.

Dicen que es perito como abogado, y como juez honorable y

muy íntegro; pero de eso no se trata aquí: lo que es como Ministro de Gobierno, su personalidad ha desaparecido por completo para dar lugar á la de los Moncayos y Peraltas, que *gobiernan* aunque no *reinen*, por medio de esa lluvia incesante de Leyes, Decretos, Acuerdos, órdenes y nombramientos que van haciendo de la Dictadura del General Alfaro un vasto panorama legislativo, capaz de poner en aprietos al más impertérrito compilador de necedades y tontunas.

¿Es un liberal? ¡Vaya usted á saberlo! Porque ni el hábito hace al monje ni vale arrimarse á buen árbol en tiempo de cosecha para llamarse vecino de la hospitalaria heredad. Y si es un liberal, es el menor de los liberales posibles, de aquellos que tienen siempre lista la *retractación de sus errores* y su profesión de fe para toda enfermedad que se presente con mal aspecto, por justo miedo de las llamas del infierno y hon-

rado deseo de salvación eterna. Esto quiere decir que pertenece al grupo de los *genuinos*, materia hábil para moldear tránsfugas ó tiranuelos, según los golpes de la suerte y el viento que sople en las regiones de la política.

Porque lo primero que les falta á los tales es fe en la propia labor, y lo segundo, *carácter*. Es fácil comprenderlo: para ellos nada es cuestión de doctrina, todo lo es de partido. Ejercer el poder en el momento del triunfo, conspirar para alcanzarlo, en días de derrota; y después, nada. ¿Que para obtenerlo es preciso claudicar en el *credo* profesado y pasar por la vergüenza de las denegaciones? Importa poco, pues como en su política y procedimientos siempre hay un fondo de jesuitismo, *el fin justifica los medios*. ¿Qué es necesario hacer alarde de liberalismo como un recurso de fuerza ante la voluntad de las mayorías ó la benevolencia po-

pular? ¡Tanto mejor! Liberal me soy, y con tal de que no me toquen ni al pelo de la ropa ni á la sinceridad de mi conciencia católica, tengo las manos listas para cualquiera atrocidad,......en el asiento cómodo de clubs, círculos, sociedades, asambleas liberales, á puerta cerrada y con precauciones de valiente......El negocio es subir. Y así, vienen á este campo baldío toda clase de pájaros, negros ó rojos, en pos de esa gran mortecina que se llama el tesoro de la República.

¡Conciencia! No es asunto de conciencia, no es cosa de valor ni sinceridad; es puramente la ambición que ha convertido en celestinas indecentes las grandes palabras de *libertad* y *liberalismo*, de *patriotismo* y *progreso*.

Todo, en las filas de los *genuinos*, es mediocre, pacato, *honrado* como dicen ellos. Las audacias de los luchadores impertérritos de la pluma ó de la espada, los

arranques generosos de los hombres de palabra, lo que suena alto, lo que sale de su común vul garísimo nivel, es condenado por *comprometedor*. Ellos bien saben aprovecharse de las revoluciones, pero las anatematizan horrorizados, y dejan que otros las hagan, pues tienen muy desarrollado el instinto de la propia conservación y quieren vivir en paz con Dios y en amistad con el diablo.

¡El *justo-medio!* He ahí su gran problema: mantenerse en él es su obra predilecta, sin ofender á nadie ni asustar á persona viviente. Mucha libertad y mucho respeto á los poderes de la tierra; mucha tolerancia y mucho catolicismo; mucha energía y muchas consideraciones con el mundo entero...... ¿Este no es el justo medio político para los liberales de la hampa? Y sucede que de esta manera son como el bicho de la fábula, que si no es precisamente un ave, tampoco precisamente es un rep-

til: murciélagos de la política: lo único evidente es que aman la sombra, aunque en la sombra hagan sonar con estrépito sus membranas, que si no son alas, tampoco son remos......

Los males que nos han hecho esta clase de gentes! Alzándose á consejeros y directores del Partido Liberal, en juntas híbridas, en las cuales han solido dominar ambiciosos que en la hora de la prueba volaron hacia la bandera conservadora; una vez y otra engañados, nos obligaron á pasar por las horcas caudinas de componendas y conciliaciones, que si la Revolución no hubiese roto á tiempo con su espada vencedora, pudieron habernos llevado á dar un largo paso al suicidio. Y suicidio en nombre de la prudencia, que en ellos es miedo: miedo de perder la posición social, quedando en mal predicamento ante las señoras y los curas, y la libertad, la digna é inviolable li-

bertad personal, atropellado el respeto que los gobiernos suelen prestar á nulidades pretensiosas. *Del lobo un pelo*, eso sí: mostrar buena cara cuando con las artes del engaño y el disimulo se logra arrancar alguna concesión ú obtener un triunfo barato sobre el adversario; pero ir directamente al *lobo* para hacerse de la piel y con ella de todos los pelos ¿para qué?

Y es esta política de hembras asustadizas la que, en Quito, en Cuenca, en Guayaquil, han solido ensayar los *directores* y *padres*, que querían que la juventud perdiese á su lado la virilidad, para convertirla en una especie de Abelardo que, como ya no puede nada, se contenta con enviar solemnes epístolas, desde el fondo del convento, á la bella y desgraciada Eloisa—ó llámese la Libertad.

Principios.......¿qué principios tienen ellos? El menos faramalla ó el más egoista de la familia

se dice ser, y se ha manifestado así, *ateo en religión y conservador en política:* negar á Dios y defender á las monjas, no profesar ningún culto y pelearse por la Iglesia oficial, siempre que esta Iglesia sea la católica, es tan cómodo en un país fanatizado como éste, para tener asiento en todos los partidos!......—Pero no creáis en su irreligión, no os dejéis embobalicar con sus escritos, cuando alguna vez escriben en favor de la libertad de conciencia. Dadles una buena pulmonía, y ya veréis si raspando un poco en el liberal no halláis el cura......

Ni fe ni carácter. ¿Para qué sirven, pues, estos hombres, máxime si les falta talento y no les sobra experiencia de la vida? Para qué han de servir si no de puntos de transición entre los partidos extremos, especie de escaleras echadas sobre un albañal por las cuales descienden tranquilamente y sin escrúpulos los

Gobiernos que hacen traición á su origen y no encuentran hombres de bien que les acompañen en la obra pérfida!

¿Así quedaría explicado el cargo de Secretario de Estado que en la presente Dictadura ejerce el genuino liberal señor doctor don Manuel Montalvo?

XVII

Belisario Albán Mestanza.

Es tan conocida en el Ecuador la personalidad política de este caballero, que nos hubiéramos excusado de hacer su presentación en esta pequeña galería, si á ello no nos compeliese la necesidad de completar el cuadro que vamos trazando, de mala manera talvez, pero con evidente sinceridad é imparcial buena fe.

Perteneciente á una familia de liberales, liberal se ha dicho toda la vida el señor Albán Mestanza; y cuando ya la franca exposición de opiniones no era un delito pes-

quisable de oficio, se proclamó radical y se unió á la suerte del general Alfaro con fervores de neófito.

Su labor puede reducirse á la de los *genuinos* que en la anterior semblanza dejamos explicada; y así, le hemos visto de prior y gonfalonero en todas las cofradías liberales que los *directores* de Quito han solido fundar en vísperas de elecciones, con un plan más egoísta que político y más accidental que doctrinario, siempre en un terreno de transacciones y componendas, que si en 1895 les iban llevando á la candidatura del señor José María Sáenz, en 1890 les condujo á aquello de la *fusión*,—horcas caudinas del radicalismo que hubimos de aceptar con el santo propósito de salir de la Oligarquía imperante, aunque sea por el camino de las componendas con el adversario histórico. Entonces se dió el caso realmente curioso de la fracción ultra-radical rechazan-

do por mediocre la candidatura del venerable don Pedro Carbo para ponerse al servicio de don Camilo Ponce, el más ultramontano de los políticos ecuatorianos. De esto tuvo la culpa la Sociedad Liberal del Pichincha, engañada en sus aspiraciones por el Presidente Flores.

Personalmente, el señor Albán vale más que su fama, pues si se le niega el don de la sinceridad en sus relaciones sociales y sus procedimientos políticos, no se le puede negar mucho talento y cierta ductilidad de carácter en medio de sus terquedades banderizas: asunto talvez más de complexión que de habilidad, del que no siempre ha sabido sacar partido y que le ha enajenado no pocas voluntades.

Esquisitamente cortés, con esa buena sombra que va ya perdiéndose en la ingrata brusquedad de nuestra educación deficiente en eso de quedar bien con todos, por

sobra de vanidad y falta de disimulo; siempre con la excusa en los ojos, la sonrisa esquiva en el semblante, la mano cordial extendida, sería capaz de pedir, como la Dubarry, perdón al verdugo en el tablado mismo de la guillotina. Esto no es una censura, en esta sociedad que va *yanquizándose* todos los días, con mengua de la clásica urbanidad de nuestros mayores.

Pero, en la hora actual, el señor Albán es realmente un radical? Puede. Siempre que sea un hecho demostrado que el más puro alfarismo es la quinta esencia del liberalismo militante, á pesar de las claudicaciones monstruosas, hijas de la calamidad de los tiempos y de la absoluta urgencia de quedar con el poder, aunque sea con el auxilio de los clérigos.

Pues el señor, cuya figura estamos esbozando, si bien tuvo sus veleidades de franquista, hoy es

el cofrade mayor de la congregación que ha hecho de don Eloy un ídolo, después de haberle reconocido ante la ciudad y el mundo, como el único Presidente posible de esta República que, en manos de tirios y troyanos, va quedando como digan dueñas.....

Y fue don Belisario uno de los promotores de aquella comedia mal llamada la *Fronda*, punto de partida de la actual *Transformación*.

Como un acto completamente revolucionario reconoció á la Asamblea Liberal de 1904, en lugar público y circunstancias solemnes, el mismo señor General Alfaro; y esa declaración y reconocimiento son, digámoslo con franqueza, la más plena justificación del procedimiento político del Gobierno constitucional de Plaza.

Entonces se le hartó de injurias á este Presidente, porque no quiso entrar en una combinación que era una celada tendida por sus

enemigos; se dijo que pretendía romper la unión liberal, cuando el hecho mismo de aquella reunión estaba probando que la ruptura existía desde tiempos atrás, desde cuando el señor Alfaro descargó el hacha sobre el árbol no bien crecido todavía y convirtió el liberalismo en una especie de iglesia protestante, con tantas sectas como fieles.

¿Recuerdan ustedes aquello? Al cabo de dos años y en presencia del inesperado triunfo de ambiciones que se agitaban en la sombra, podemos juzgar aquel acto político, calificándolo de *pobre farsa mal representada*, que si echó de sí la Revolución como fruto, no fue por la significación política que tuvo, sino porque hizo práctico el acercamiento de los que se buscaban en las tinieblas con palabras de traición en los labios.

Se trataba de la cuestión electoral.—Prácticamente no había más candidatura que la de Gar-

cía, pues el general Franco, que iniciara la idea de una Asamblea, se veía solo, especialmente después de la diversión que en sus filas produjo la inopinada presentación del General Flavio Alfaro.

El objeto ostensible de una reunión de todos los jefes de grupo por sí ó por medio de apoderados, era la designación de un candidato único, por el que los demás estaban obligados á trabajar. Hasta aquí podía tolerarse y aun aplaudirse determinación semejante; pero si en el fondo había un espíritu revolucionario y una enorme desconfianza del Gobierno ¿cómo se pretendía que el Gobierno, á quien se culpaba de malas intenciones y peores manejos, entrase en una combinación para elegir Presidente? Si con fundamento ó sin él se sospechaba que el señor García era el candidato oficial ¿cómo se quería que renunciase hasta la esperan-

za, cuando, en el punto electoral, los dos señores Alfaros y el señor Franco nada tenían que perder? Si lo que se anhelaba era una guerra civil ¿con qué derecho se exigía á los hombres del poder que se *revolucionasen contra sí mismos?*

Emboscada tan mal preparada era ésta, que nadie cayó en ella; y el señor Ignacio Robles, á quien la Asamblea le ofreció una candidatura, porque nada le costaba ofrecer, anduvo cuerdo en no meterse en un tapujo de tan poca seriedad.

En medio de estas triquiñuelas despreciables, la Asamblea que se presentara con ínfulas doctrinarias, prometiendo el oro y el moro para la unificación del partido, no hizo sino dividir más á la familia liberal. La procesión andaba por dentro, y no se quería liberales unidos sino soldados venales.

Al fin, con dolores de parto y chillería de comadres, presentó el

programa que debíamos todos aceptar y jurar, si queríamos continuar llamándonos liberales, y éste que fue su último acto, fue su mayor pifia.

Era curioso, realmente. Abogados, militares, periodistas, oradores había en ese Sanhedrín, y algunos de nota, y, sin embargo, no se halló entre todos quien confeccionase una declaración de principios que saliese del molde común y vulgarísimo de uso en casos tales, como un clisé borroso que anduviese de mano en mano.......La Sociedad Liberal del Chimborazo estuvo en esto más adelantada, sin expresar gran cosa tampoco; y la Asamblea dichosa, con tantas campanillas reunida, se contentó con reducir á exposición de principios y *deseos* del liberalismo ecuatoriano, ideal y programa.......lo mismo que constaba en la Constitución de la República como un derecho adquirido y formaba ya parte de las costumbres públicas!........

Y esto fue todo. Una intriga. En el fondo estaba la conspiración que se cristalizaba: se veía eso bien claro; pero la sagacidad del General Plaza no pudo prever el golpe final, y sólo al bendito de don Lizardo se le pudo ocurrir que el viaje del señor Alfaro tenía por objeto discutir sobre milicia con los generales Sarasti y Moncayo. Más allá estaba la traición de Enero.

No hubo, pues, seriedad ni alteza de miras si la *Fronda* fue un acto revolucionario, ó á lo menos, que lo preparaba. Pues si de salvar los principios se trataba, ¿quién dice que el Presidente del Matrimonio Civil y la Ley de Cultos, el de los tres Mensajes de 1903, 904 y 905 iba á traicionar el partido entregândose en manos de los clérigos, á quienes fue á buscar el señor Alfaro en Santa Elena?

Decir una cosa y hacer otra; tener el engaño como punto de par-

tida y la mentira como único auxiliar; vivir prometiendo para no cumplir nunca y alzar la bandera negra en nombre del más puro liberalismo........¡qué política tan honrada y tan decente!

¿Y esto acepta, esto significa, esto representa el señor Albán Mestanza, que es un hombre-símbolo, un hombre-esfinge, de quien nunca se sabe lo que quiere ó lo que piensa?

XVIII

Felicísimo López.

No ha sido un *actor*, es decir, no es uno de los trescientos y tantos *héroes* que cosecharon laureles inmarcesibles en el campo glorioso del Chasqui, pero seguramente es un inspirador y un apóstol. Apóstol de revueltas, sea; pero convencido al fin: engaño tristísimo que en el descenso de su vida le ha llevado á partir el honrado pan de su independencia personal con traidores y felones que, bromas aparte, no son dignos de caminar á su lado, si va de dignidad y hombría de bien.

Esta ha sido la época de las grandes caídas que llevan en sí el germen de los arrepentimientos ruidosos de mañana para los que han ido de buena fe á la aventura revolucionaria, llevados por el resentimiento siempre engañador, por afectos personales cada vez más egoístas ó por un falso concepto de la actualidad política en el Ecuador. De éstos nos dolemos, porque su conducta ha sido una lamentable desilusión para nosotros; que por lo que hace á los políticos de oficio......y beneficio, á los que corren al escándalo con el fin preconcebido de míseras granjerías, á quienes se les ha visto indistintamente en todos los campamentos, dispuestos á escuchar las palabras de la tentación, buscándolas, esperándolas con ansia, ¿qué podíamos esperar? ni qué tenían que perder ellos en la hora de la prueba?

Conviene, ante todo, decir, que López es un hombre leal, y de una buena fe tan primitiva que raya

en inocencia paradisiaca. Esto no será, desde luego, una virtud, ni siquiera una mediana recomendación en los empeños y luchas de la vida pública, donde el que no tenga alguna trastienda puede considerarse perdido, pero abona siempre la bondad del corazón y la excelencia del carácter. Un buen hombre, un hombre bueno, un panfilista eximio, un Doctor Pangloss de talento extraviado en las picardías de una política sin decencia ni criterio: esto ya es ser algo. Tendrá quien tal lo es muchísimos amigos—equivalente á no tener ninguno;—pero no tendrá tampoco enemigos, ni dejará, ave inofensiva, el rastro de su paso en la atmósfera no siempre serena.....¿Me voy dando á comprender?

Ahora, en cuanto á la filiación política de don Felicísimo, como hombre de doctrina y de principios, ya es difícil señalarle puesto conocido.

Lleva una excomunión encima, y tiene una bella alma religiosa y católica.

Es médico, y cree seriamente en el espiritismo.

Es de carácter independiente, y se ha metido en esa farándula de la masonería, que hoy no es ni significa gran cosa, perdido ya el secreto formidable que hacía de ella una conjuración perenne contra el Altar y el Trono; esto es, contra la Potestad eclesiástica y la civil.

Tiene una honradez innata, y no ha vacilado nunca en sacrificar la tranquilidad de su vida y el pan de su familia, jugándolos al albur de revoluciones á veces poco limpias......

Sólo en una sociedad incipiente como la nuestra, donde todas las anomalías se cristalizan y se hacen tolerables, son concebibles hombres como éste, que al través de una larga existencia, luchando incansablemente en segunda fila

y para provecho del más avisado, no quieren ni se resuelven á ser cosa alguna.

Es un caso curioso, pero no el único. Cuando perseguido por la injusticia neurótica de un obispo, fue lanzado como á pesar suyo al campo candente de la polémica anticlerical, él, en lugar de ir á beber en fuentes de información científica y responder con el desprecio á la excomunión y con la ira, siempre santa cuando se trata de defender la verdad, al dictado de hereje, impío y blasfemo, se parapetó con la Biblia y pidió sus inspiraciones á la moral católica. ¡Y era un soñador melancólico que se iba, paso tras paso, buscando revelaciones imposibles en las locuras de Allán Kardec!

Vibró el látigo de la soberbia episcopal sobre sus espaldas, y le llamaron malvado... ¡á él, ¡el mejor de los hombres, el más inofensivo de los mortales, y no se rebeló, y

se puso á enseñarles la doctrina cristiana á los clérigos de Manabí que le insultaban y amenazaban!

La lucha, aceptada de este modo, tenía que ser desigual; pnes colocado voluntariamente en un terreno extraño para él, sus contradictores habían de hallarle mal preparado en hermenéutica y saber de clerecía.

Y él sufría y se batallaba, con todas las utopías y todas las tristezas, mal amalgamadas en una situación de defensa perpétua, que forman el fondo de su extraño carácter.

Por otra contradicción, si este hombre tuvo un día resplandor de fama sobre su modesta frente, no fue por una victoria, sino por una derrota. Venció un momento, porque fue compadecido; y la simpatía que le rodeaba de cuantos eran hombres libres é independientes en el Ecuador, era sencillamente un producto del

rencor y del asco que se tenía á sus enemigos. Aludimos á su famosa expulsión del Senado de 1894, que todos los ecuatorianos recuerdan.

Si los malaventurados clérigos de aquel sanhedrín vergonzoso hubiesen tenido previsión y talento, le habrían recibido á López á tambor batiente. El iba allá como un gran insurrecto, como un rebelado sublime que llevaba al Congreso de los hombres negros el verbo del liberalismo, el estallido de la conciencia nacional atormentada en la ergástula de una política frailuna, llena de hipocresía y de fanatismo; y aquel papel que sus electores querían que representase, era demasiado para su modestia, rayana en timidez y para su poca ó ninguna versación en las luchas parlamentarias y en las polémicas de la doctrina pura—considerada según su ideal religioso.—De entrar, se hubiera aplastado ante González Suárez,

Miguel León, Julio Matovelle y más presbíteros de fuerza oratoria y de saber probado. Le empujaron fuera, con violación de la Ley y del Derecho, más por ruda venganza contra las ideas que representaba, que por temor á él, y al hacerle un proscrito y un sacrificado, le hicieron un grande hombre.

Esto era demasiado; y si bien él no hizo cosa alguna para que una ambición bien ó mal llevada le condujese por el borde del precipicio, cuando libre y legislador, no fue sino uno de tantos. Y aquí, con este chispazo de una lucha que no era sino un escándalo indecoroso en sus adversarios, nació y feneció la vida política de López.

Y volvió al antiguo ensueño, cada vez más entusiasta, á medida que la sombra se agrandaba en el horizonte y avanzaba, preñada de relámpagos y tempestades, sobre la llanura inmóvil.

En la hora del triunfo, ¿fué de los desengañados? No lo sé; pero se recogió en el silencio, como dudando y protestando.

A poco abandonaba las riberas patrias, y para él que tantos servicios prestara al alfarismo en los años de vencimiento y negrura, no hubo sino un consulado.

Doblemos la hoja.

*
* *

Como estas páginas no tienen el carácter de disquisiciones históricas ni de crítica retrospectiva, nada diremos de la breve gestión ministerial del doctor Lopez. Los tiempos eran duros, la impericia, el empirismo, la rutina formaban el aire respirable de la Administración pública, y López—salvo su innata honradez, que en él no es una virtud sino un temperamento,—no fue peor ni mejor que los demás, en la situación creada sin empeños suyos y aceptada por él sin mayor esfuerzo.

Si aquella fue una época de combates desesperados y de desaciertos monumentales, no era el buen facultativo de Manabí quien podía crecerse sobre la anormalidad tirante de las circunstancias, y desde el Departamento de Instrucción Pública, encarrilar la política del General Alfaro, que se preparaba al golpe fraccionador, en medio de oscuras y misérrimas intrigas de Gabinete. Además, ahí estaban Peralta y Moncayo: es decir, la astucia de abogadillo enredador y la destreza de conspirador de pueblo, para malearlo y corromperlo todo.

Y han seguido años de rudo trabajo en el Exterior, tan pronto acompañado de la fortuna como bruscamente sumido en la indigencia. Hoy está de alza; pero ni él mismo ha de creer que la balanza se le mantenga en el fiel. Tiene este hombre una mala sombra que preside sus pasos por el mundo, y camina á tientas, des-

de hace veinte años, abrazado al Infortunio. No es digno de desprecio en su medianía; es merecedor del respeto por las rudas pruebas que constituyen toda su historia. ¡Feliz él si de ellas, como el Rey Caballero, ha logrado sacar ileso el honor!

Hay que dejarle en Nueva York. El Partido Libeıal alfarista le debe por lo menos esta compensación. Traerle á esta mar de intrigas, á esta miseria sin fondo, á esta tiniebla cada vez más espesa, ¿para qué?

XIX

Los escritores de "El Tiempo"

El diario fundado por el señor don Luciano Coral con el nombre de El Tiempo ¿obedeció á una necesidad gubernativa del primer período del señor General Alfaro? No lo sé, pero lo evidente es que siguió las aguas del alfarismo, el cual no fue muy generoso con él, ya que setecientos sucres mensuales no forman, en tres años más ó menos, una cantidad apreciable para vender la opinión y la independencia de la pluma. Tuvo, en 1900, un momento de duda, en presencia de la Candi-

datura del General Franco; pero *dudar no es protestar*, como quiere un poeta, sino mantenerse á la capa listo á toda laya de eventualidades.

Derrotada aquella postulación antes del momento electoral, por la inepcia de los jefes de círculo que "no esperaron vencer" y se desbandaron ante la actitud del Gobierno, fuése EL TIEMPO con los brazos abiertos al encuentro del General Plaza, reclamándole la protección que se le escapaba con la caída del Viejo Luchador; y al hallarse con la negativa destemplada y seca, sintióse ofendido y se declaró adversario. Talvez no había mucho motivo, porque, al fin y al cabo, EL TIEMPO no era un servicio público presupuestado por la Ley, gravando al Fisco en más de 8,000 sucres anuales; pero ¿quién le priva á la humana veleidad del derecho de pataleo? Y no me digan que era indecoroso el hacer un *casus belli* de que el Presidente no hubiese

querido aprovecharse de una conciencia que se le ofrecía, tenaz y mimosa, como una buscona en aprietos pecuniarios......

Y comenzó la guerra contra el ingrato, guerra implacable, sin solución de continuidad, durante cuatro años, con el ímpetu del resentimiento vengativo y la constancia de la gota que agujerea una peña.

Fué buena la labor?—Hay que tomar en consideración dos cosas: el poco caso que de élla hacía el Poder político,—quien concedió una insólita libertad de imprenta,—por lo cual sus golpes se perdían en el vacío, y el ningún efecto que producía en la opinión pública, pues acusaciones de enemigos no son creíbles al bultuntún.

Epocas ha tenido EL TIEMPO en que no ha sido sino un cajón de sastre, abierto á todo viento, en el cual han metido la mano cuantos han querido decir algo malo del Gobierno; y en otras, un re-

ceptáculo de inmundicias en que vomitaba el odio bilis espesa y abundante......Cuanto la pasión banderiza puede inventar en daño de tercero, cuanto la mezquindad de la envidia y del despecho puede alegar contra el objeto de su ojeriza, cuanto la mentira aconseja á la necedad y recoge la venganza, allí, en ese periódico, se ha acumulado, día á dia, como en una gran espuerta para las espaldas del demonio de la Calumnia.

Y la doctrina dónde, dónde el consejo saludable? Criticar no es enseñar, y la diatriba y el embuste no procrean cosa honrada y decente en el gran campo del cretinismo político, donde se cree que quien más grita es más honrado y libre, cuando nadie le va á la mano.

Quiero desentenderme de aquellos constantes colaboradores que arrastraron, como seudónimos, los grandes nombres de la antigüedad clásica á una casa de mancebía. *Tácito*, *Suetonio*, *Tucy-*

dides, *Séneca*, *Juvenal*......¿comprendéis la irreverencia? Palpáis la falta de modestia de aquellos míseros conspiradores, disfrazados de historiadores, filósofos y satíricos de la vieja Grecia y de la insigne Roma, en un carnaval grotesco de frases sin cortesía, artículos sin justicia, criterio sin fundamento de verdad?

Allí Estrada, con su odio al General Plaza, quien no tuvo la culpa de las veleidades electorales del señor Alfaro en Noviembre y Diciembre de 1900; allí Peralta, mintiendo como siempre, declamando, despotricándose como toda su vida, en alas del rencor producido por la desairada manera que tuvo don Leonidas de ponerle á lado y enviarle á pastar *chirotes* en la ciudad nativa que tanto le aborrece; allí Lapierre, Andrade [C. O.], Villavicencio, Moncayo (A.), Rivadeneira (C.), á quienes el hecho de ser empleados públicos no obstaba para que

denigrasen al Gobierno que esta ba al frente de la situación; allí Concha (J.) que se improvisaba político, escritor y periodista, armado caballero por las doncellas de la venta de Juan Palomeque; allí Emilio Arévalo, el antiguo placista.......

Y detrás de estos jóvenes y de estos viejos, consecuentes unos con su antigua afección al General Alfaro, traidores otros á su prístina filiación en las banderías políticas ó en las fracciones de éllas, venían una porción de inéditos, *parvenus* de la prensa, con toda la intemperancia de los que comienzan suponiendo que la insolencia es un rasgo de gran carácter y con toda la ignorancia de la improvisación: los poetas de tarjetas postales y los imitadores de Vargas Vila; los chicos del plagio y del recorte, y los neuróticos, los desequilibrados, los frustrados, los dipsómanos, los que no teniendo nada que perder á nadie temen é irrespetan al mis-

mo Verbo Encarnado; los del *delirium tremens* y la Casa de Orates, y los huéspedes habituales de los calabozos de Policía......toda la bazofia, toda la granujería de las letras de molde......

¡Valiente batallón que durante años y años se ha mantenido colgado del badajo tocando á somatén!

Al frente estaba un buen hombre, un antiguo eclesiástico, un ex-amanuense, un ex-juez de parroquia (¡!) y ex-corredor de seguros, á quien la política sacó de la oscuridad y el arte de las genuflexiones le hizo hombre visible y hasta Gobernador de provincia; pero él no tenía la culpa, pues, por la razón ó la fuerza en una situación aventurada, tomado ya el vuelo por los campos de la oposición, ha tenido que continuar el movimiento, aunque protestando y refunfuñando por lo bajo. ¿Quién le metió á *abadesa*?

Lo malo es que ha echado mano, no como colaboradores, sino

como algo más comprometido, de la gente baldía que hemos visto en todos los campos, sin exceptuar el de la Argolla y sin omitir el del más puro placismo y el del garcismo más incondicional. ¿Quieren nombres? No los hemos de pronunciar. ¿Para qué? Todos se los saben de memoria.

En lo que hemos de hacerle justicia al diario en referencia,—pues esto no es una catilinaria sino un juicio crítico,—es en su constante liberalismo (hablamos de la edición guayaquileña), en su consecuencia con la doctrina que proclamó desde el primer día: liberal es y á honra tiene el confesarlo. Mas, ¿por qué entonces se fue con tanta ira contra una Administración la más genuinamente radical que ha tenido el Ecuador? Si luchaba por el triunfo de la bandera roja, ¿esa bandera no estaba plantada en la cumbre, adornada con las insignias del poder constitucional, desplegada al viento, victoriosa y saludada con orgu-

llo por cuantos á su sombra se cobijaban? Esto era contradictorio, y sólo el prurito de la censura, á veces pueril, podía explicarlo.

*
* *

El Tiempo, tal como salía aquí, era, por lo menos tolerable, y, según acabo de decirlo, su situación se explicaba, en medio de sus exageraciones y de sus malos elementos—exceptuamos entre éstos á ciertos caballeros, tan doctos en la pluma como honorables y dignos de respeto, á quienes el instinto de nuestro carácter social les llevaba al campo áspero de la crítica destemplada.—Pero sucede que el Empresario quiso tener una edición de la tarde en Quito, é inconscientemente aguó su vino con el líquido no siempre claro del Machángara capitolino.

Si la de aquí podía responder á fines políticos á la vez que comerciales, la edición quiteña respon-

día á un plan puramente político, ya que, hasta hoy, es absurdo el considerar como una empresa más ó menos lucrativa la fundación y sostenimiento de un diario en la capital de la República.

Y como la mejor gente del partido estaba con el Gobierno y entre los viejos escritores liberales de por allá hay un supino egoísmo para laborar en la prensa periódica, tuvo el Empresario que echar mano, cuando de personas neutras entre las banderías, como don Julio Arboleda, cuando de escritorzuelos sin carácter ni programa definido, como el autor de *Naderías*, y ya también de individuos netamente conservadores, que le administraban, dirigían y escribían el periódico. Fue de esta manera como largos años estuvo El Tiempo quiteño en manos de un señor Guevara, ultramontano, mientras aquí redactaban la edición matinal, radicales caldeados al rojo.

Esta dualidad dió lugar á muchas críticas, fundadas en razón, y chistosamente se decía que el espíritu que animaba á la Empresa se enfriaba al pasar la Cordillera, amaneciendo *chapulo* en Guayaquil y atardeciendo *curuchupa* en la Capital.

Francamente, la tal edición quiteña, salvo algunos rasgos felices y la labor intermitente del sombrío Abelardo Moncayo, no valió nunca gran cosa, ni en el concepto periodístico ni en el político. Fue preciso que la traición armase su tinglado para que acudiesen los pájaros gordos de la mesnada alfarista, disfrazados y anónimos, á darle vida con resonancia de combate. Al frente iba Terán, que como intrigante valdrá cuanto ustedes quieran, pero que como escritor público es detestabilísimo; así, con superlativo y todo.—Detrás de él estaban varios heróicos revolucionarios, cuyo único temor consistía en

que se descubriese el nombre de los felices ingenios que lucubraban los escritos contra el Gobierno.

*
* *

¿Con este periódico se ha hecho la revolución?

Entendámonos.

La revolución la hicieron soldados insurrectos, sin que entrase para nada en su factura la corriente de ideas que hubiese podido producir la propaganda.

Pero si la constancia algo merece, es indudable que EL TIEMPO no ha arriado bandera durante ocho años; y esto sería una convicción, si no significara llana y simplemente, una gran peregrinación en la *conquista del pan.*

XX

Gente anónima.

¿Quiénes faltan?

Son tan pocos los que, por una razón ú otra, descuellan en la revuelta alfarista, que basta media cuartilla para escribir sus nombres y su hoja de servicios. Ya es mucho que con ellos haya podido yo esbozar diez y nueve malas figuras, con los colores que hallé en mi paleta, la cual no es de maestro, amigos míos......

Al tratar en concepto general de la revue'ta alfarista y sus hombres, declaro excepcionado de la crítica desfavorable y puesto en la altura que se merece, cuan-

to honrada y decentemente deba ser excluído y enaltecido, pues si la falta de desinterés personal, la carencia de propósitos patrióticos y de pretextos racionales son las características del motín hoy triunfante, justo es confesar que no todos los que se han levantado en esta cómica asonada lo han hecho á impulsos de bajas pasiones, y así lo he reconocido en algunas de las anteriores semblanzas. En ciertos personajes ha habido una falsa visión del ideal político que les llevó al derrumbadero; en otros, una lealtad rayana en la idolatría que les ha convertido en borregos tras del pastor; y en no pocos han obrado como mala inspiración el engaño traidor de conspiradores de oficio, la neurosis revolucionaria del radicalismo nihilista, odios de partido y ciegas aficiones de círculo, tomados por ellos—inocentemente quizás,—como dictados y anhelos del más puro patriotismo.

El resultado ha sido desastroso: lo estamos palpando. Y esos hombres, equivocados ó no, han dejado en la aventura buena parte de su honorabilidad y algo más que unas migajas de su hombría de bien. ...Ya es tarde para llorarlo, aunque siempre sea oportuna la hora del arrepentimiento; pero como el demonio del Orgullo es tenaz en la tentación y más tenaz aún en la caída, los arrepentidos no han de confesar su error y continuarán revolcándose en la pocilga "por amor á los principios," dorado con un poquitín de conveniencia personal, por aquello de que los duelos con pan son menos.

*
* *

Detrás de estos gamonales del alfarismo, se agrupa *la gente anónima*, es decir, aquellos individuos socialmente irresponsables, ya por la insignificancia de su nombre y posición, ya por el desprecio que generalmente se les profe-

sa, ó bien por su conocido temperamento de sublevados que utiliza, la ambición porque son incapaces de despertar envidias.

Estos son los que no teniendo un cristo en qué morir, corren á ofrecer su sangre á las asonadas liberalescas ó ultramontanas, seguros de que no pierden gran cosa si dejan el pellejo en la aventura;

los escapados de las cárceles que ostentan hoy presillas de militar sobre sus hombros. (Militares viejos y honorables hay en el actual Ejército, liberales de pelo en pecho y alfaristas convencidos, que deben de sentir ardientes las mejillas al ver junto á ellos ó sobre ellos, empuñando la espada de oficial ó de jefe, á quienes, antes del 19 de Enero, estuvieron *sub-judice*, por asesinos ó por ladrones......¿Quieren nombres?);

la mozallada del escándalo, incapaz de vivir del propio trabajo, y que se tira á una revolución

como se tirara de cabeza al fondo del río;

los que ven en la perturbación del orden ajustada ocasión para hacer olvidar pecadillos de competencia del Código Penal y hora propicia para bucear por un empleo;

la gente infeliz de los campos á la cual entusiasma fácilmente la intriga para emplearla como carnaza de la sublevación;

militares en cuya lealtad no puede confiarse, pues faltaron á la fe jurada al erigirse en elemento disociador y cohorte deliberante para abandonar la bandera de la Ley;

abogadillos sin clientela, medicastros sin enfermos, escribidores de la hampa: la hez de la vagancia casi profesional, adornada ó no con títulos académicos y universitarios.

¿Y quién más?

Creo que nadie más. ¡Si no fuese por el mismo Viejo Luchador y algunos hombres de ejecu-

torias en la sociedad, por su renombre, apellido, fortuna ó talento, ante los cuales nos hemos descubierto al saludarles y de cuyo error hemos dado oportuna cuenta; si no fuese por algunos bravos soldados que han acudido al botín, porque recogerlo es su oficio; si no fuese por ciertos hombres públicos cuya presencia en el Gobierno es la única garantía de la situación, bien pudiéramos decir, sin hipérbole, que el Alfarismo de última hora es un gran presidio suelto, ó cuando menos, un Manicomio modelo......

¡Cuánta ignominia en torno! ¡Cuánta prostitución! Encima flota el recuerdo, y ese recuerdo es sangriento con sangre de asesinados y proscritos, y triste como una elegía sollozante en las sombras de la noche......Hay mucho silencio en medio del clamor como de ébrios con que se saluda al vencedor, y si alguien gime, su gemido se pierde en la tiniebla

misteriosa......Es Vivar, que cae de bruces en las puertas del Cementerio de San Diego; es Guillén, que implora compasión en el patio de la Intendencia de Cuenca; es Tello, que triste y desesperadamente proclama su inocencia en el Malecón de Guayaquil; es el P. Emilio Moscoso, que rueda herido por bala asesina á los pies del crucifijo en el Colegio de Jesuitas de Riobamba; es el pobre clérigo Eudoro Maldonado, que se revuelca en estancia solitaria, moribundo y congojoso; son los que murieron de nostalgia y de hambre en las playas centro-americanas, los que hallaron su tumba en la costa ecuatoriana, víctimas de la fiebre amarilla; los vapulados de Cuenca, los desorejados de Tulcán, los torturados de Quito, los asesinados en Guangoloma.. ...¡Perdón, pobres sombras! No fuímos nosotros, no fue el partido; fueron ellos......¿los veis? Nuevamente mandan, otra vez están en la

cumbre, luchando por nuestro *engrandecimiento social y la dignidad de la patria ecuatoriana;* en vez de llevar un grillete al pie, son empleados públicos......

*
* *

Rompemos aquí la pluma......
¡Basta, Musa de las tristezas, basta! En esta hora negra, cuando toda dignidad se ha venido abajo y toda nobleza es detestada; quédenos, á lo menos, la Esperanza, que no faltó en la caja de males de la infeliz Pandora.

¡Luzcan días más serenos en los ámbitos de la Patria, y los combates por el bien rediman y purifiquen á los que han llegado á la codiciada cima por los caminos de la codicia, de la ambición innoble, de la traición ó del crimen!......

¡Pero que en este momento de acritud no nos hablen de su valía, pues fácil es que digamos:

¿Veis esos radicales que tienen

en sus manos el favor y que hablan de la redención social del Estado?—Pues esos son frailes exclaustrados que dejaron, con la conciencia, las hopalandas colgadas de un clavo en la Rectoría de un Colegio de Jesuitas.

¿Veis esos reformadores, que hablan de su clerofobia en términos altisonantes? Pues esos son antiguos *frères ignorantins*, hijos de cura, viejos terroristas que mamaron la leche católica en la sacristía paterna......

¿Veis esos periodistas empeñados en una faena de peones conciertos para alzar el edificio alfarista? Pues ése fue esbirro de Caamaño, de Flores, de Cordero; aquel otro, renegó de Alfaro, cuando Alfaro encarnaba el pensamiento y la aspiración del Partido Liberal; el de más allá ha estado en todos los campos, luchando por la vida, dejando girones de honradez y dignidad en los zarzales del camino; el de más

lejos, pasó su juventud defendiendo á los curas......

¿Veis esos enemigos *personales* de Plaza y de García? Pues esos mendigaron destinos, con obstinación incansable; algunos fueron empleados de Gobierno; otros, juraban seguirle á don Leonidas—¡lo sé yo!—HASTA LA DICTADURA; y casi todos tuvieron palabras amables, voces de lisonja para el Presidente Plaza en el día de la cesación de su mando......

Tránsfugas los unos, desleales los otros, felones éstos, ingratos aquéllos, indignos todos, todos, todos......

¡Y el pobre pueblo!

Oh turbas del escándalo, vosotras no sois pueblo!......

Las que salís de la taberna con la consigna de hacer ruído......no sois pueblo.

Las que coméis los emparedados de García y bebéis el aguardiente de Franco; pasando de

club á club, venales y sediciosas. ......no sois pueblo.

Las que añadís el taco canallesco al ¡Viva Alfaro! como una terminación obligada......no sois pueblo.

Gente del motín, gente aulladora, reclutada para las manifestaciones alfaristas......no sois pueblo.

¡Oh pueblo, cuando tú despiertas eres formidable; y duermes ahora, duermes con pesadillas angustiosas, duermes como el antiguo Bruto en medio de la corrupción general! ¡Cuando tú despiertes......! ¡Ay! Cuando tú despiertes ¿será tarde?



sas.

ana-
una
sois

illa-
ifes-
oue-

ier-
nes
las
an-
co-
tú
tú